

Enrique González Rojo

LIBRO TERCERO

LA CURICIFIJIÓN DE LA HISTORIA

LA MISIÓN Y EL ANTICRISTO

Capítulo I

Que hace la crónica de los últimos momentos del Sexto César

Había vuelto de su viaje a Grecia. Atrás de él quedaban los juegos olímpicos e ístmicos, los torneos literarios, el arpa y la cítara, Hornero, Hesíodo y Píndaro. Acaya se había convertido de golpe en pasado.

A sus espaldas, en fin, había dejado la belleza.

Los asuntos políticos y la administración pública de Roma, que encargara a Helio y Policleto, volvieron a ponerle llagas de preocupación en la corteza cerebral. Los problemas no se hallaban sólo en la capital del imperio, sino también en las provincias. El 19 de marzo de 68 llega a manos de Nerón, que se encontraba en Nápoles, una proclama de Cayo Julio Vindex, gobernador de la Galia céltica por medio de la cual anuncia a los romanos que se levanta en armas contra el emperador. El anciano Lucio Sulpicio Galba, gobernador de la Hispania Terraconense, se une a la conspiración y arrastra tras de sí a Marco Silvio Otón, gobernador de la Hispania Lusitania. Se cuenta que cuando Nerón tuvo conocimiento de la alianza de Vindex, que estaba al frente de 103,000 0 hombres, y de Galba, que tenía

también bajo su mando un poderoso ejército, cayó desvanecido. La valentía no era una virtud del hijo de Julia Agripina. El joven emperador tenía temor a todo. Miedo a los dioses. Miedo a las conjuras. Miedo a los envenenamientos. Miedo a las traiciones. Miedo a su sombra. Miedo a no emitir bien la voz a la hora de cantar. En muchas ocasiones algunos de estos miedos no tenían razón de ser o se hallaban abultados por una mente que, con la ayuda materna, había llegado al poder y a su consolidación ascendiendo peldaño a peldaño una tortuosa escala sangrienta. Pero ahora el miedo tenía un fundamento real. Y la palidez, el enloquecimiento del corazón, el tronido de los dedos y el vahído espectacular, daban fe de la gravedad de la situación y de la conciencia que de ella había asumido finalmente el sexto César. Envalentonado por algunos sucesos que vinieron a continuación -el más importante: la derrota de Vindex a manos de Lucio Verginio Rufo²⁹ en Besançon y el suicidio por honor del primero- Nerón acarició la idea de encabezar una operación militar de gran envergadura contra las fuerzas rebeldes de Galia e Hispania. La imaginación del hijo de Ahenobarbo se hizo, en los nidos de la soberbia, de unas prodigiosas alas y se dedicó durante unos días a alimentarse de puñados azules. Se

²⁹ comandante de las legiones de la Alta Germana.

sintió la reencarnación del espíritu aqueo. En él resurgía la cuadriga heroica de Aquiles, Menelao, Ulises y Filectetes. Alejandro Magno y su mancha de aceite itinerante guardaría sólo una débil similitud con los hechos de armas por emprender. El mismo Julio César sería considerado por los futuros historiadores como un antecedente o un preanuncio de su inconmensurable talento militar. Domicio Corbulón (el vencedor de los partos) no significaría en adelante nada: al ser comparado con el generalísimo, se le reputaría sólo como un aficionado... Abruptamente, y sin mediar explicación, Nerón renunció a sus planes. "Eterno ciclofrénico", como lo llaman algunos historiadores, el emperador pasa de la cólera y el entusiasmo a la depresión y la desidia. Al caer en cuenta de la situación política en Roma y en las provincias, Nerón piensa ahora en la fuga. Insinúa que se quiere marchar al Oriente para refugiarse con Vologeso, gran rey de los partos. Pero luego cambia de opinión, y se esconde, temblando, en los sótanos del más profundo abatimiento. Poco a poco se ve en la necesidad de pensar en la muerte. No en una muerte literaria, expresada en hexámetros y acompañada de los golpes arpegiados de la citara, sino la muerte real, concreta, espantable y ominosa de sí mismo. Se hace preparar por la gala Locusta³⁰ unos

³⁰ la famosa envenenadora de Roma, amiga de su madre y confidente de él mismo.

polvos tóxicos que garantizaban una muerte rápida. Nerón los guardó en una polvera de oro y los escondió en el cajón secreto de un pequeño mueble. Dejó, pues, su muerte al alcance de la mano. La escondió de los ojos del mundo; pero, temeroso de ser aprehendido por el senado y las cohortes militares que lo han declarado traidor a la patria, quiere tener cerca de sí la última puerta de salida.. Siente que su poder, tan universal y omnímodo semanas antes, se restringe o acota repentinamente hasta convertirse en una sola libertad: la de disponer de sus postreros minutos. Como no se siente seguro en su palacio, decide refugiarse en su propiedad de los Jardines Servilianos en las inmediaciones de Roma. Se muda, pues, allí, llevándose algunas joyas, sus fámulos de confianza y el pequeño mueble mencionado. Piensa todavía en huir. Cree que puede embarcarse en Ostia y partir para el Oriente. Envía varios mensajeros para ver si hay algunos centuriones y marineros que estén dispuestos a acompañarlo en su fuga. Pero la respuesta es negativa. Su poder, su influencia, su dominio sobre los demás se ha disuelto de golpe como una pompa de jabón que, jugando a contener un mundo múltiple e iridiscente, queda convertida en un puñado de lágrimas.

Fatigado por lo acaecido durante la jornada, por los riesgos que crecían y que crecían, por el pavor que, desplazando a la sangre, circulaba por todas sus venas y por la muerte que de manera cada vez más ruidosa rondaba en torno suyo, se recostó en su camastreo y fue ganado rápidamente por el sueño. Lo inundó a los pocos minutos una enorme placidez y una felicidad mayúscula. Se vio entonces sentado ante una nueva mesa sobre la cual había un libro abierto y una pluma de ave. Enfrente de él se erguía un escenario. Cuál no sería su sorpresa que, al mover su pluma sobre el cuaderno, aparecía de golpe en la escena lo que él escribía. Escribió por ejemplo: "había cierta vez un roble"... Y descubrió que se instalaba en el teatro, de cuerpo entero, dicho árbol. Continuó: "sobre las ramas del roble un ave tramitaba un trino, volvió los ojos y aguzó el oído y se quedó verdaderamente extasiado al ver y oír a una avecilla minúscula que desde la rama del árbol emitía un canto más bello que la voz de su maestro Menécrates. Luego, pleno de entusiasmo, se dijo a si mismo: "si puedo dar a luz lo que escribo, no debo limitarme a producir cosas baladíes, sino productos esenciales, definitivos. Escribió entonces: "Apolo Musageta se halla al frente de las musas"... Acto seguido, en el escenario apareció el dios Apolo rodeado de nueve doncellas. Nerón se fijó en la cara de Apolo y no pudo dejar de

reprimir un grito de júbilo al descubrir en el rostro del dios su propio rostro, con lo cual se sintió no sólo el emperador de los romanos sino el de las bellas artes. Iba a seguir escribiendo y a acumular belleza en el escenario, cuando sin saber por qué dejó de escribir y se puso a reflexionar en que las musas eran nueve. "El nueve -pensó- es un número tan prodigioso que, si lo multiplicamos por otro, vemos que la suma de las cifras del resultado dan invariablemente nueve. Asimismo, cualquier objeto de la realidad -se masculó a si mismo riéndose de su ocurrencia- multiplicado por, las nueve musas nos dará inexorablemente un resultado artístico". Su meditación, sin embargo, lo condujo a otro derrotero: "El nueve -se sentenció- tiene que tener un origen. Y éste no puede ser sino el tres. El nueve es la suma de tres treses: es una trinidad de trinidades". Al llegar a las virtudes del tres, se hallaba verdaderamente complacido por sus disquisiciones aritméticas. Quiso volver no obstante al libro abierto; pero entonces, con asombro comprobó que lo escrito por él, y la consiguiente creación en el escenario, ya no respondía a su voluntad. Era como si el destino, hijo del caos y de la noche, se hubiera adueñado de su mano y de su pluma. Escribió a continuación y por la fuerza: "Reinaban por entonces las **tres** parcas"... Y,

palpitándole el corazón y presa de un pavor recién surgido, vio que en el tablado, frente a un Apolo Musageta inquieto y tembloroso, salían de escena las nueve musas y aparecían en su lugar las hijas de Temis: **Cloto**, la más joven, reteniendo entre sus dedos una rueca por la que discurrían filamentos de todos colores y calilades. **Laquesis** dando vueltas y más vueltas al huso al que se van conjuntando los hilos que le pasa su hermana y **Atropos**, la más vieja de las tres, que, tras de inspeccionar su obra, y valiéndose de unas tijeras larguísimas, cortaba imprevistamente y a su placer un hilo tras otro"... Nerón, angustiado, volvió entonces con dificultad extrema la mano al libro para escribir: "las parcas dejan el lugar a las nueve musas"... En su corazón hubo un chispazo de paz porque vio en el escenario cómo las tres parcas se esfumaban de golpe y en su lugar reaparecían, rodeando a Apolo, las nueve musas. Pero se vio presa entonces de una inquietud desconocida: los rostros de las musas empezaron a transmutarse: en uno de ellos vio el de su madre, en otro el de Octavia, en otro el de Británico, en otro el de Popea, en otro el de Calpurnio Pisón, en otro el de Séneca, en otro el de Petronio, en otro el de Corbulón, en otro, en fin, el de Epicharis. ¿Eran sus víctimas que llegaban en son de reclamo? ¿Las Erinias o Furias que venían a lanzarse, con todos

sus horrores encima, en contra de Apolo? Acto seguido Nerón sintió que los brazos, las piernas y las garras vengadoras de las nueve musas metamorfoseadas lo oprimían, lo aplastaban, lo herían y lo amenazaban con ahorcarlo... Fue en ese momento cuando, sudoroso, temblando y siendo presa de un horror inenarrable, tornó a la vigilia.

Nerón se levantó de la cama. Aún no clareaba el día. El silencio era tan pesado que era posible oír el crujir de una madera, el chirriar de un insecto o el palpar de una cobardía. El único personaje que afuera, en el jardín, podía escucharse nítidamente era un viento caliginoso que, chorreante de frío, se colaba por puertas y ventanas en pos de una epidermis. Con la sospecha atenazándole los nervios, el emperador recorrió las habitaciones contiguas a la suya, dando voces y más voces. Pero en los cuartos, vacíos, no había un solo sirviente, ayuda de cámara o soldado que pudiera atender a sus gritos. Nerón cayó en cuenta de que se hallaba solo. Que lo habían abandonado. Que el temor, el egoísmo, la ausencia de fidelidad de sus más cercanos guardias y domésticos (quienes habían escapado, como ratas, de una mansión o un poder a punto de derrumbarse), huían de él, de su Emperador, del Jefe Máximo del Imperio. Semidesnudo, temblando de

frío, presa de un terror ciego, erró de una alcoba a otra, hasta darse cuenta no sólo de que se encontraba solo y su alma, sino que, aprovechando su sueño, los guardias y la soldadesca habían saqueado su palacete, llevándose joyas de oro y plata, telas, mantas y toda suerte de objetos de valor. Pensó en el suicidio y corrió en busca del cofre en que se hallaba la ponzoña preparada por Locusta; pero el cajón estaba vacío y la polvera de oro había sido también sustraída. ¡Ni siquiera se le dejaba la posibilidad de salir del mundo dando el portazo elegante de matarse a sí mismo!

Tenía, sí, un puñal a la mano. Se hallaba cerca de él, debajo de la almohada. En cualquier momento podía alcanzarlo, clavárselo en el pecho o en el abdomen para terminar de una vez por todas con el pavor que le quemaba las entrañas y para que no fueran sus enemigos quienes lo apresaran y condenasen a no sabía qué suplicios y torturas. Nerón no podía alejar de su cerebro la idea de que, de acuerdo con la ley existente, a los parricidas -y él había matado a su madre- se les encerraba en un saco y se les lanzaba al Tiber en compañía de un mono, un gato y una víbora. Tenía, sí, un puñal a la mano. Pero no se atrevía a darle el uso que su

dignidad demandaba. Recordó entonces al gladiador Tiberio Claudio Espículo que le debía innumerables favores y que le había servido en el pasado como guardia personal. "Si yo no soy capaz de dar término a mi vida -se dijo el emperador- que lo haga un hombre de confianza, un individuo que, con su fuerza física, me garantice el golpe seco y definitivo de espada que no me haga sufrir demasiado". Envió entonces a buscarle con un servidor desconocido que había atendido, finalmente, a sus llamadas. El gladiador, sin embargo, no pudo ser hallado. O tal vez, como todos los demás, prefirió no aproximarse al emperador caído en desgracia y se convirtió en perdido e invisible. Cuando Nerón fue consciente de que no tenía cerca de sí ningún veneno que diera cuenta de su vida y que Espículo no acudiría en su auxilio para facilitar los trágicos menesteres de su desenlace, supo que no le restaba otro camino que el de arrojarse al Tíber... Se armó de valor. Se recriminó de la manera más acerba por sus cobardías. Se sintió inspirado, resuelto, a lo mejor hasta heroico. Y corrió y corrió hasta llegar a las márgenes del río que lo estaba esperando como el tigre aguarda en el zoológico que le arrojen un pedazo de carne.

Estaba a punto de tirarse al torrente, o al

menos es la impresión que hubiera recibido cualquier testigo de la escena, cuando de repente el César, amedrentado de nuevo, dio con la inesperada presencia de dos de sus libertos más íntimos y queridos: Faón y Epafrodito. Ante el desasosiego y exaltación de su amo, Lucio Domicio Faón (que había llegado a ser hombre próspero y terrateniente al cobijo de la familia Domicia -la familia de Nerón), le ofreció al emperador ocultarlo y protegerlo a la espera de que cambiaran las circunstancias y él pudiera escapar de Roma para rehacer en mejores condiciones su destino. Con voz lacrimosa, mirada dulce y fingida humildad, le ofreció su mansión de veraneo que se hallaba en los suburbios del norte de Roma, situada entre las vías Saleria y Nomentana.

La proposición de Faón fue vista por Tiberio Claudio como el condenado a muerte ve llegar el bendito aleteo de la hoja que lleva estampada las albricias del indulto. Se serenó de golpe. La estampida de latidos de su pecho, volvió gradualmente a su trotecillo natural. A la palidez del rostro, avergonzada de sí misma, le volvieron los colores. Acompasado por el respiro, el espíritu práctico se adueño otra vez de su ánimo.

-Busquemos los caballos-dijo.

-Hay cuatro corceles de primera calidad en las

caballerizas -añadió.

-Vayamos rápidamente por ellos -ordenó.

En las caballerizas de los Jardines Servilianos, en esa mañana de junio de 68 D.C., se destacaron, en medio de la bruma infartada por los rayos de sol y en proceso de desvanecimiento, cuatro cabalgaduras que golpeaban el piso con sus cascos y que emitían bufidos y relinchos azulosos. Los caballeros que se acercaron a sus respectivas monturas no eran otros que el emperador en desgracia, los libertos Faón y Epadrodito y el eunuco Esporo -que venía a manifestar su afecto auténtico y profundo por su señor acompañándolo en estos momentos difíciles y decisivos.

No se sabe a ciencia cierta qué ruta tomaron los caballeros fugitivos para ir desde los Jardines Servilianos en el sur de Roma hasta la casa de Faón en el norte. Probablemente, en el entendido de que no podían atravesar la ciudad directamente, se vieron en la necesidad de salvar las murallas de la puerta Latina, al pie del Celio, para dirigirse a la parte oriental de la capital del imperio.

Es necesario hacer notar que, con las prisas de la fuga y con su vacilación envuelta en una polvareda de segundos, Nerón apenas había tenido tiempo de

vestirse. Mal arropado, falto de las túnicas de costumbre, con los pies desnudos, tiritaba continuamente, sin que se pudiera afirmar de manera tajante si ello se debía al frío, al temor o a una mezcla ingrata de ambos elementos. Algún autor ha dicho muy atinada y perspicazmente -aunque con poca o ninguna piedad- que Nerón en ese momento hacía pensar en alguien que hubiese sido el **buffone** de Nerón.

A fin de proseguir su viaje de incógnitos, los fugitivos abandonaron los caballos y prosiguieron su marcha a través de una fronda exuberante y un inhóspito follaje. De pronto, el César no tuvo otro pensamiento que el hambre y, sobre todo, la sed. Se cuenta que, mientras sus compañeros buscaban la mejor vía para introducirlo subrepticamente en el palacete de Faón, Tiberio Claudio, muerto de sed, hincó las rodillas en las inmediaciones de un charco y, tomando unos sorbos de agua en el cuenco de las manos, dijo con una burla amarga: "Este es el refrigerio de Nerón".

Después de haber bebido; Nerón se sintió reanimado por el hecho de que Faón y Epafrodito, con ayuda de Esporo, habían logrado hallar una vereda a través de la cual a todos les parecía dable

penetrar en la villa que al parecer podría servir de refugio.

Ya adentro de la mansión, los libertos, que en realidad lo habían engañado, dieron a conocer a Nerón que el ejército y los senadores lo habían condenado, y condenado sin apelación; que era preciso abandonar toda esperanza y prepararse para la muerte. Nerón confesó que su comportamiento hasta ese momento había sido vergonzoso e indigno. Se prometió a sí mismo cambiar de conducta y afrontar el último momento con la entereza de un emperador romano. Derramó unas lágrimas y dio orden de cavar una fosa del tamaño de su cuerpo. Se dice que fue entonces cuando, recordando su vocación, sus pasiones y el sentido de su vida, soltó estas famosas palabras: "Qualis artifex pereo".³¹

Faón, conturbado, salió del aposento. Epafrodito puso en manos de Nerón un puñal. Claudio Tiberio, como hipnotizado, se quedó viendo el brillo plateado del arma. Al contacto del metal, que Nerón condujo a la garganta, el emperador de nuevo titubeó, se echó para atrás y no se atrevió a hundir el arma. La bestia, acorralada, y con cierto gesto teatral, empezó a gimotear: "¿Ha llegado el

³¹ ¡Qué artista muere conmigo!

momento? No, por los dioses. Vivir, tengo que vivir...Quiero hacerlo lejos de todos e ignorado... ¿Condenado a muerte? Cierto que tengo un puñal y la decisión de matarme; pero todos los poros de mi cuerpo se unen en un clamor de vida. Quieren matar a Nerón; pero, por Júpiter, si sólo soy un hombre. ¿Ha llegado la hora de morir?... Pero no. Por los dioses. Pero no. Pero no". Epafrodito se hizo de oídos sordos ante el barullo indigno de su amo. Colocó una espada en el pecho de Nerón, le miró los ojos por unos segundos, y Tia hundió sin chistar hasta la empuñadura.

A decir verdad, también en una cruz, la de la espada, terminó sus días el Anticristo.

Capítulo II

En que se habla de cuánto le debe la historia occidental a San Pablo.

Todo parece indicar que el cristianismo primitivo, la prédica de los nazires y ebionitas, el evangelio judeocristiano (que, nacido y enraizado en Tierra Santa, no podía ser comparado, aunque se quisiese, con un palomar de palomas mensajeras), se hubiera constreñido a ser una secta más, de las muchas y variadas que existían por entonces, a no ser por la obra misionera, fabulosa y sorprendente, inaudita y espectacular, de ese hombre de acción, de pensamiento y de voluntad bronceada que llevó el nombre pagano de Saulo y que todos conocemos con el apelativo de San Pablo. Se podría decir que Jesús, el Cristo, se halla en medio de un paréntesis que abre San Juan Bautista, que representa el anuncio del prodigio, y san Pablo, el apóstol de la gentilidad, que le da a la **buena nueva** una dimensión universal. San Pablo piensa en términos de especie humana y no de pueblo elegido, en función de criaturas del Señor al margen de ciudades, comarcas o continentes y no de colectividad enraizada espiritualmente en un terruño y delimitada por las fronteras del exclusivismo y la excepcionalidad. Ah, Pablo, cuánto, cuánto te debe la

historia del mundo nuestro. No sé si exagero, pero la misión conjunta de los once apóstoles -o doce, con la elección legendaria de Matatías en sustitución de Judas Iscariote- no se compara ni remotamente con la llevada a cabo por este perpetuo nómada que llevaba en la pesada corcova de su fardo los principios sustanciales del cristianismo y, más que nada, los de la fe, la esperanza y la caridad que constituyen el trípode de las virtudes teologales en que reposa el legado del ser excepcional que fue víctima de tres clavos distintos y una sola tortura verdadera.

La contradicción con Simón (Cefas) y con Santiago (Jacobo o Jaime) era, pues, de esperarse. Aunque la Iglesia católica ha tratado de ocultar tal disensión, aunque se habla de Pedro y Pablo como los dos soportes igualitarios y armoniosos de la nueva creencia, la verdad es que entre ellos, como también entre Pablo y Santiago, hubo la oposición que de común se establece entre lo particular y lo general, entre la homogeneidad del localismo y la heterogeneidad del universo mundo. A partir del momento en que Saulo de Tarso se convirtió al cristianismo o en que dejó a sus espaldas la esplendorosa polvareda del milagro de su conversión, se le clavó en la mente, con los remaches de la idea

fija, que el Reino de Dios predicado por la palabra, la muerte y la resurrección del Mesías no podía quedarse intramuros beneficiando a un conglomerado de elegidos **dentro** del pueblo elegido. Nada más alejado de su pensamiento, de su sentimiento y de su convicción que el "egoísmo de tribu" o lo que ahora llamaríamos "chauvinismo" o "soberbia nacional". El Evangelio quema las manos si no se pasa al vecino, si no se comunica al hermano, si no se convierte en el objeto primordial de exportación. En rigor, con San Pablo nace el espíritu misionero. Para San Pablo peca el que no difunde, cae en la soberbia, el orgullo y en no sabemos cuáles otros pecados el que tiene a Dios como su propiedad privada y a Cristo -y todo lo que en términos de moral, religión y escatología trae aparejado- como su privilegio personal. El cristiano es creyente pero también sembrador, es feligrés pero también propagandista, es criatura del Señor pero también propagador de las verdades contenidas en el Sermón de la Montaña y en la pasión redentora del sacrificio de Jesús.

San Pablo no conoció, al parecer, al Maestro. Ni tampoco a María Madre, a María Magdalena o a Tomás, llamado el Dídimo. Él supo sólo **de oídas** de las parábolas, de las bienaventuranzas, de los milagros, de la moral humana contrapuesta a la ley del Talión,

de la aprehensión, del juicio, de la muerte en la cruz, de la resurrección y de las apariciones. Con excepción del prodigio con que dio de pies a boca en el camino de Damasco -y que lo hizo abandonar el mundo de los perseguidores para asimilarse al de los perseguidos- nada de todo ello le constaba. Pero, transfigurado, levantando la tea de la fe para disminuir o deshacer todas las lobregueces del medio ambiente, abierto, en fin, a la **buena rasería** y a toda la infraestructura milagrosa y espectacular que arrastraba tras de sí, dio crédito, absorbió y convirtió en **cosa indiscutible y evidente** el contenido fabuloso de lo que los apóstoles y otros fieles le contaron y atestiguaron, o de quienes, con un éxtasis perlado de lágrimas, habiendo sido tocados ya por la santa epidemia del credo recién nacido, supieron convencerlo sin dificultades.

El evangelio que en todos sus peregrinajes misioneros llevaba San Pablo era el de una doctrina recientemente conformada. Para realizar el propósito central que animaba su empresa -sentar las bases de una Iglesia universal- cargaba a costas los principios, las revelaciones, la moral, las promesas, los portentos y las anécdotas hagiográficas de la nueva religión. Cada uno de estos elementos se hallaba articulado con los demás de tal manera que entre todos constituían un cuerpo armonioso, cuya coherencia

hablaba más al sentimiento que a la razón, al deseo que a la experiencia, a la esperanza que a la desconsoladora y helada cogitación. Con San Pablo se inició el proceso minucioso y perseverante de armar el **rompecabezas de la ilusión**, de unir una pieza con otra, un elemento prodigioso con un acontecimiento real, una profecía realizada con un augurio por realizar, un anhelo de felicidad y bienaventuranza con una resignación y hasta beneplácito por el sufrimiento del que defiende su fe. Una de las piezas principales de este **rompecabezas de la ilusión** era, lo sabe todo mundo, la resurrección de Cristo. Por eso, tras de San Pablo, se hallaba María Magdalena. Cuando el apóstol de los gentiles asienta, al inicio de la Epístola a los romanos, y aludiendo a Jesucristo, "que salió, según la carne, de la simiente de David; pero que se mostró potente como el Hijo de Dios, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos", está evidenciando ante todos la importancia sustancial que tiene la resurrección de Cristo en el **corpus** de la cosmovisión cristiana; pero también está mostrando, a quienes estaban (o están) enterados de lo realmente sucedido con los restos mortales de Jesús, que San Pablo fue uno más de los engañados por el **fraude piadoso** promovido por María de Magdala. Tomando en cuenta, por consiguiente, que en el rompecabezas **del**

deseo que San Pablo llevaba siempre consigo (y que era el principal vehículo de su actividad misionera), la pieza fundamental, imprescindible y necesaria del tablado era la **resurrección**, se puede dar el nombre a San Pablo no tanto o no únicamente de apóstol de los gentiles, sino de **apóstol del fraude piadoso**. Sin saberlo ni sospecharlo nunca, lo que hizo San Pablo es darle dimensión universal a una mentira. A él se le debe atribuir el hecho de que una falacia urdida bienintencionadamente, y que parecía no tener más porvenir que la de crear una secta más en Judea y Galilea, se convirtiera, por obra y gracia de su paciencia, su talento, su convicción y su valentía, en una creencia que fue abarcando comarcas, países y continentes. Ah Pablo, cuánto, cuánto te debe la historia del mundo nuestro.

Detrás de San Pablo estaba el juramento de Maria Magdalena, de Tomás y de la turba de mujeres exaltadas que en Bétel habían dado sepultura a su secreto. Pablo, desde luego, no sabía nada de lo sucedido. Estaba dispuesto a dar su juventud, sus fuerzas y su vida por la causa. Se consideraba el apóstol número doce, electo por el mismo Dios, y destinado a llevar a los confines del mundo la palabra y las obras del Redentor. Su propósito: blandir la espada de la luz para derrotar las

tinieblas y obligar al Maligno y a *sus* huestes a retornar a su báratro. Quién le iba a decir que él, tan amante de la verdad, del evangelio y de la luz, estaba colaborando de manera esencial a que se propagara por el globo terráqueo un rompecabezas alucinatorio que venía a sustituir a otros, o nuevas oscuridades que desplazaban a codazos a las precedentes, aunque disfrazadas de luminosidad deslumbrante y respondiendo a los requerimientos actualizados del corazón. Quién iba a decirlo. Pablo se imaginaba ser el cruzado de la aurora, cuando no era sino el publicista de una forma novedosa de crepúsculo.

María Magdalena estaba a sus espaldas. Pero no la María que a dos manos había ofrecido todas sus entrañas al Señor, no la María que habla fallecido después de haber fracasado en la lucha cuerpo a cuerpo que tuvo con su culpa, no la Maria que fue la artífice del juramento de Bétel. Se trataba más bien de una María espectral, invisible y perdida en alguna de las volutas de la nada.

Capítulo III

Donde se narra puntualmente qué ocurrió a Saulo yendo hacia Damasco.

En el momento de acceder Nerón al poder, en el año 54, tenía tan sólo 17 años. Agripina, su madre, decidió con muy buen tino que el joven César requería de toda necesidad, para el buen ejercicio de su reinado, de uno o más consejeros. Nerón tuvo, como se sabe, dos grandes preceptores. Uno de ellos fue Lucio Anneo Séneca, el gran filósofo estoico nacido en Córdoba, y encumbrado, tras de muchas vicisitudes, destierros y golpes de suerte, al rango de mentor de Lucio Domicio Ahenobarbo (que, al entrar a la **gens** Claudia, acababa de transformar su nombre en Tiberio Claudio Nerón). Agripina fue de la idea de que además de un filósofo, su hijo debería de ser auxiliado en su función regia por un pedagogo. Para tal cargo eligió un soldado que gozaba de un prestigio halagador: Sexto Afranio Burro. Viejo militar, pero de espíritu fino y cultivado, Burro podría servir de ejemplo, orientación y guía al joven monarca.

Cuando Pablo de Tarso llegó, por vez primera, a la capital romana y fue entregado a los pretorianos por un centurión llamado Julio, el apóstol de los

gentiles tuvo un día de otoño del 61 una larga entrevista ni más ni menos que con el prefecto de pretorio, esto es, con Burro. De la plática del viejo soldado y educador con Pablo no se conoció nada durante mucho tiempo. Lo único que resultó evidente es que Burro se inclinó por la tolerancia y la clemencia, y que Pablo, tras la entrevista, pudo recobrar la libertad. Burró murió pocos meses después, en el año de 62, a causa de lo que al parecer fue un cáncer en la garganta. No se supo entonces ni posteriormente, y sólo llegó al conocimiento de los historiadores muchísimo más tarde, que Burro escribió una larga epístola -que al principio pensó destinar a Nerón, pero que después, por no se sabe qué consideraciones, dirigió a Séneca- en la cual recogía su conversación con el gran propagandista del cristianismo; pero que, se ignora también por qué razones, no envió, sin embargo, a su destinatario. Tal escrito quedó traspapelado entre los múltiples documentos personales del prefecto del pretorio y finalmente se extravió.

En esa **Epístola dirigida a Séneca**, Afranio Burro narra con detenimiento sus pláticas con el tarsiota. Lo más interesante de este opúsculo no son las opiniones con que Burro salpica su texto, sino las palabras autobiográficas del cristiano que conviene

reproducir en este sitio para hacernos una idea clara del nacimiento y la juventud de aquel a quien, en lo fundamental, se debe la consolidación doctrinaria y la propagandización universal del evangelio de Cristo.

En la Epístola dirigida a Mosca, San Pablo se dice a Afranio Burro: "Yo nací, excelencia, en Giscala, población que no se encuentra, como creen algunos, en Judea, sino en la Alta Samaria. Mis padres fueron Antípater II, hijo de Herodes el Grande y de la primera de sus diez esposas, y Miriam, hija de Antígono Arquelao. Por parte de mi padre soy, pues, esencialmente idumeo, o séase, árabe, y por parte de mí madre fundamentalmente asmoneo, es decir, judío. Mí hermana mayor se llama Doris y mí hermano menor lleva el nombre de Rufo. Be de aclarar que, aunque soy samaritano por el lugar de nacimiento, siempre me he sentido y me he proclamado hijo de Tarso, en Cilicia. La razón de ello es que, poco después de mi nacimiento, mis padres y algunos más -aunque no todos los habitantes de Giscala, como dicen algunos- se vieron en la necesidad de emigrar a Tarso. Mi niñez y primera juventud discurrió, en efecto, en este sitio. Aquí aprendí a dar mis primeros pasos, a conocer mis primeras letras, a urdir mis primeras

travesuras -que han de recordar sin duda los sedosos cabellos de mi hermana mayor-, a entrar en conocimiento de un oficio (aprender a tejer tiendas) y a distinguir las culturas y religiones griega, latina y judía. En Tarso ocurrió también que Caleb, un viejo sacerdote de la sinagoga, fue quien, por Edenes de mi madre, se encargó de circuncidarme o, lo que es igual, de cercenarme el prepucio, lo cual se lleva a cabo con los judíos, como tú bien lo sabes, oh Afranio Burro, por razones religiosas, sanitarias y de identidad nacional. También es en Tarso donde adquirí la ciudadanía romana y que, según me enteré por mi madre, cuando Marco Antonio se entendió amorosamente con Cleopatra, la reina de Egipto, precisamente en el río Cidno que atraviesa dicha ciudad, se sintió tan feliz de su buen éxito que concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes de Tarso. Mi situación social y cultural es, por tanto, muy curiosa: pertenezco a la familia de los Herodes y corre por mis venas sangre idumea y nabatea. Soy descendiente también de la nobleza asmonea, la cual proviene, a su vez, de los macabeos. Por mis venas, y mezclada a la otra, corre también, entonces, sangre judía. Me considero finalmente ciudadano romano".

La indeterminación del carácter y la situación

social de Saulo -el hecho de que simultáneamente fuera herodiano, judío y "civis romanus"- le dio la posibilidad de actuar de manera multifacética y camaleónica. No estaba condenado a formar parte de una etnia, de una cultura o de una única cosmovisión, ni a disfrutar o padecer de los derechos u obligaciones de un pueblo diferenciado de los otros. Un filósofo helenista dijo en cierta ocasión, aludiendo a ese estado de nuestro hombre que permitía una conducta de variable signo: "Se dice judío cuando necesita un favor del sumo sacerdote y ciudadano romano cuando debe pedírselo al gobernador". La ambigüedad de su **status** civil le fue de gran utilidad, asimismo, cuando algunos mercaderes ricos y ambiciosos le ofrecieron a sus hijas en matrimonio: con los judíos, para rehusar dicho honor sin agraviar, habla aducido su ciudadanía romana; con los romanos, su sangre judía; con los árabes, su ciudadanía romana o su judaísmo.

"Cuando tuve edad suficiente, mi madre, aconsejada por mi tía Glafira -la esposa de Alejandro, el hermano de mi padre-, decidió enviarme a Jerusalén para que obtuviera una sólida instrucción religiosa y una recta orientación moral. Cuando llegué a Judea, había dos corrientes religiosas, ambas fariseas, en pugna sorda y

constantemente renovada: la hilleliana, que derivaba del gran reformador Hillel, y la shammaíta, que provenía de otro escriba célebre, Shammai, mucho más rigorista que el primero. El más célebre e importante de los doctores de la ley, o sea Gamaliel, pertenecía a la primera corriente y se distinguía, no sólo por profundizar y actualizar las enseñanzas de su maestro Hillel, sino por su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, su buen juicio, su pleno dominio del **kal vahomer** -es decir del modo de razonar analógico que permite la exacta interpretación de la ley en todas las circunstancias de la vida-, su deseo de ayudar al prójimo y su dulzura de carácter. Yo deseaba en convertirme en discípulo de este gran rabino; pero no sabía que, dada mi absoluta ignorancia de la Thora y otros libros, no podía aspirar a un honor accesible únicamente a quien hubiera sido iniciado ya en los conocimientos básicos de la ley: Esto no quiere decir que yo no pudiera oír ciertas lecciones de Gamaliel o que no me fuera dable hablar con el sacerdote y escuchar, embelesado, sus respuestas. Gamaliel quizás tenía deferencia conmigo -y también con Herodes Agripa, a quien me hallaba de común en la sinagoga- porque forrábamos parte de la nobleza herodiana, y él lo sabía. En sentido estricto, sin embargo, no se puede afirmar, como sé

que se dice, que fui discípulo del gran Gamaliel. A decir verdad, oh Afranio Burro, yo no pude o no supe tomar partido en la pugna de fariseos y saduceos, aunque tal vez me inclinara más a favor de los primeros que de los segundos. Pero mi fe religiosa y mí apego a la ley de Moisés fueron tales que obtuve de los 71 miembros que formaban el Sanedrín la misión de acorralar y combatir a los cristianos".

Por desgracia, en sus palabras autobiográficas Pablo no alude, o lo hace de modo abreviado e indirecto, a una enfermedad y a un acontecimiento que, aunque surgieron en el período precristiano de aquél, van a jugar un papel importante en sus días: la epilepsia -o según algunos la histeria- que sufrió de por vida y el matrimonio que contrajo con Sara, la hija de sumo sacerdote Simón Bar Camith. Voy a referirme con algún detenimiento, no a la enfermedad que padeció Saulo Pablo durante su larga, azarosa y espectacular existencia, sino a uno de los ataques de ella que influyeron en su trayectoria existencial y en el propio desenvolvimiento del cristianismo. Y quiero dejar sentado a vuela pluma, y sin detenerme en ello, que probablemente cierta misoginia que aparece en no pocos momentos en las epístolas del tarsiota y durante su vida entera tiene su origen en ese desafortunado

matrimonio.

En cierto sentido puede decirse que toda la historia de Occidente, a partir del siglo primero de la era cristiana, reposa en un ataque de epilepsia. Preguntando no se llega a Dios, como se llega a Roma; se accede tal a vez a un prejuicio, a una creencia tribal, a una cornucopia repleta de deseos o a un demiurgo que dispone del *fiat luz* en el eufónico milagro de su tronido de dedos. Quien no tiene acceso al Reino de Dios porque carece del salvoconducto del éxtasis religioso -del que gozaron desde Mahoma hasta Teresa de Ávila pasando por la "poucelle" Juana de Arco- se parece al plebeyo que vuelve su musculatura de paja y sus anhelantes ojos al perpetuo levantamiento de los puentes levadizos del castillo de lo imposible. Pero Saulo fue invadido poco a poco, imperceptiblemente, por la imagen del crucificado. Su conciencia rechazaba las prédicas del Maestro, pero su inconsciente se sabía de memoria el Sermón de la Montaña. Desde cierto punto de vista, puede afirmarse que la "astilla de carne", que era la enfermedad sagrada que cargaba en su organismo y que operó, por así decirlo, como un trastorno nervioso connatural durante toda su vida, no era otra cosa que la astilla" del madero de la cruz en que fue victimado

el Mesías de sus enemigos. En el camino a Damasco³², el tarsiota dio de bruces con el más allá, divisó por una cerradura los contorneos del infinito, supo que la eternidad tenía a veces devaneos con el tiempo y cayó en cuenta de que no sólo los pueblos podían ser elegidos, sino que algunas criaturas, incendiarios de sí mismos, tras de demandar el auxilio de lo trascendente, pueden recibir el soplo divino para alimentar las llamas de su espíritu, y, con él, la misión sagrada del periplo de la buena nueva, escrita con la b de la bienaventuranza.

"Hecho crucial de mi vida, mí estimado Sexto Afranio, fue una gloriosa aparición que tuve en camino a Damasco. Yendo, en efecto, a esta ciudad, con objeto de perseguir a los judíos que habían contraído lo que juzgaba yo entonces como la peste del cristianismo, me circundó, como a medio día, un indescriptible resplandor proveniente del cielo. Caí de mi cabalgadura a la tierra y a una voz que rasgando las nubes en pos de mis oídos me decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué andas en pos de mí?'. Con el temor desordenándome los entresijos del cuerpo, pero retomando el contro de mí mismo, le respondí: "¿Quién es el que me habla?". Y la voz me

³² Se ha dicho -¿será verdad?- que Damasco no era en realidad la ciudad siria, sino una parte de Querrán que había asumido, por razones simbólicas, tal designación.

dijo: 'Yo soy el que ya sabes, el hijo de María, a quien has dado tú por perseguir'. Quienes me acompañaban, esto es la comitiva o el puñado de hombres armados puestos a mi servicio, también fueron testigos de ese aumento inusitado de luz y tanto o más que yo fueron presas del temor. Pero, con los ojos abiertos y los oídos cerrados, no entendieron la voz eufónica, precisa e inquietante que hablaba y se quejaba con tu servidor. Dije entonces: '¿Qué debo hacer, Señor?'. Y Jesús -pues de El se trataba- me respondió: 'Levántate, ve a Damasco, y allí se te habrá de ordenar todo lo que hagas'."

Cuando volvió en sí, Saulo era otro individuo. No sólo su nombre, descarapelado, comenzó abruptamente su proceso de transformación, sino que él sintió, a lo largo y a lo ancho de su tórax y su vientre, que había recibido un transplante de entrañas. Otro individuo. Otro. Diferente atalaya desde la cual dar cuenta y razón del mundo en que vivía. Los enemigos se transmutaban en amigos y viceversa. En este dislocamiento de fidelidades, la conversión -que ilumina el espíritu con un color distinto- lo cambió de territorio, mundo y concepción del mundo. El Cristo, que tanto desdeñara en el pasado reciente, se le había metido hasta los tuétanos de la osamenta. Jesús, resucitado, se había hecho presente a María

Magdalena y a los otros discípulos. Esas apariciones, esas rasgaduras de la lógica y esos desmoronamientos del orden natural, que antes le habían parecido un insulto a la razón y una sacrilegio contra la naturaleza humana, ahora las vivía y las revivía no sólo como la gran demostración de que el Verbo -para usar la jerga neoplatónica- había encarnado en nuestro mundo, y había dado signos espectaculares de su encarnación, sino que eran el maravilloso preanuncio de la reciente "materialización" que Jesús, el Cristo, acababa de tener ante su pobre incredulidad desfalleciente.

Es de advertirse que lo narrado por Pablo al preceptor Burro coincide -palabra más, palabra menos- con lo que Lucas cuenta en los **Hechos de los apóstoles** (22, 6-10). Conviene hacer notar, sin embargo, que en los mismos **Hechos** aparecen varias contradicciones. Por ejemplo, en el capítulo 9, versículo 7 leemos: "Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos". Pero en el capítulo 26, versículo 14, se nos afirma que: "Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba"... Otro ejemplo: en **Hechos** (9, 7) se dice, respecto a la comitiva armada que acompañaba a Saulo, que quedaron de pie, estupefactos, "oyendo a la verdad la voz mas sin ver a nadie". Pero en **Hechos** (22,9) se lee: 'y los que estaban conmigo

vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no escucharon la voz del que hablaba conmigo". En un lugar se dice, pues, que los acompañantes de Saulo, ante la aparición, quedaron de pie, y en otro sitio que, al igual que Saulo, cayeron al suelo. En un lugar se afirma que oyeron, pero no vieron. Y en uno más que vieron, pero no oyeron. ¿A qué atribuir estas contradicciones? ¿A olvidos de Saulo? ¿A incongruencias de Lucas? ¿A interpolaciones de los escribas? A decir verdad, la parvada de preguntas no es alcanzada por las aves de rapiña que tienen en el antebrazo del dogma su punto de partida.

Capítulo IV

De cómo un diantre se introdujo en el alma de un sencillo romano.

Como todo demonio que se precie de tal, Ialdabaoth tenía el privilegio de entrar al alma de los hombres como Pedro por su casa. Le gustaba posesionarse de los individuos en tres circunstancias o estados especialmente significativos: el nacimiento o la lactancia, el hambre o la sed, la excitación y el orgasmo. Severo Máximo, zapatero y sastre remendón romano, que nació y murió en idénticas fechas que Nerón, y que presumió durante muchos años de ser íntimo amigo de Petronio, el "arbiter elegantus", fue escogido por Ialdabaoth, respondiendo a quién sabe qué designios, para servir de residencia temporal o centro de operaciones de este espíritu inmundo: El demontre no se autoinsufló en el alma del artesano al momento de nacer éste o durante el período, de licuada ternura, de la lactancia, ni tampoco durante algún episodio de hambre o de sed extremas - que no conoció jamás-, ni siquiera en los estados de excitación erótica -que le eran habituales, y le dejaban las manos sudorosas y el pulso encabritado-, sino en un orgasmo que, como el Vesubio, culminó con un espectacular e inolvidable derramamiento de lava.

Como el hecho no deja de ser curioso, y como se presta a consideraciones y pensamientos que no resultan del todo ajenos a la reflexión filosófica, hablaremos de las circunstancias en que tuvo lugar tal hecho portentoso, muy poco conocido y de consecuencias incalculables. Nuestro zapatero entró en relaciones amorosas con Locusta, la gran envenenadora de Roma, amiga de Agripina y consejera del emperador. Conviene hacer notar que Severo Máximo padecía de lo que la moderna sexología llama eyaculación precoz -y que algún publicista irrespetuoso de padecimiento tan cruel y mortificante ha dicho que se trata de un singular relato que a la letra dice: "había una vez un colorín colorado". Al vivir Locusta el trastorno de las funciones eróticas de su nuevo amante y sufrir en carne excitada propia la violencia de estar dispuesta a actuar participativamente y quedar reducida a la sola expectación, convenció a su compañero de que se aprendiera de memoria uno de los poemas en hexámetros del monarca -que Nerón había creado a la manera de las Odas Píticas del gran Píndaro- y que lo recitara en voz baja, sin omitir una letra, un punto o una coma, a la hora en que el principio de identidad estaba a punto de experimentar un fallecimiento. Severo Máximo aceptó la sugerencia. Y durante meses, el sastre y la envenenadora se vieron acompañados en

sus devaneos nocturnos por la presencia del sexto César, si no de cuerpo entero, sí en su forma no menos perversa de imaginación literaria. El buen éxito de este procedimiento -en que la mente estaba más en el ritmo de las palabras que en el de los cuerpos-no se hizo esperar demasiado: ya la actuación masculina no se realizaba al margen del escenario, entre bambalinas o en el camerino, sino que tenía lugar en la escena, como Dios manda y lo exige la diosa de la reproducción. Pero aunque algo se había ganado, y el himeneo dejó de ser al fin tan sólo una bella palabra, la relación habitual entre los amantes no había logrado conquistar los niveles de la reproducción simple de lo placentero. Pero Locusta, a quien no en vano se ha llamado **protoalquimista** por su conocimiento de venenos y contravenenos, yerbas medicinales, raíces afrodisíacas, flores narcotizantes y mejunjes brujeriles, le dio de beber a Severo una pócima con no sabemos qué preparado ignoto que adormecía la excitación sin atender contra el deseo, de modo tal que el clímax perseguido por el alpinismo erótico podía ser pospuesto y pospuesto a voluntad. En cierta ocasión, en que Severo Máximo y Locusta se habían servido espléndidos vinos de Cilicia y Samos con la cuchara grande, ella mezcló al 'mosto sagrado de

Quiós" el preparado exótico mencionado, con un ingrediente añadido que nadie conocía, el resultado fue la mejor relación amorosa en la vida de ambos: no un movimiento perpetuo que mortifica el propósito y desquicia el entusiasmo, sino el **vivace** dulce que culmina cuando, como cantantes, los dos amantes llegan a un tiempo al mismo agudo...

Fue en este momento, en este orgasmo excepcional, cuando Ialdabaoth entró en posesión del alma sudorosa y febril de Severo Máximo. Él estaba tan ensimismado en el acto de saborear ese manjar que los dioses regalan a los amantes fatigados, que no advirtió la infiltración del intruso. Y no sólo eso. Sintió **post festina** que el delirio se resistía a dejar de ser, que el placer trabajaba horas extra y que la memoria constantemente repetida de lo disfrutado, en complicidad con una supervivencia astuta y contumaz de ello, impedía que la felicidad se redujera a ser minicuento de lo efímero.

La gran transformación que experimentó el zapatero y sastre no tuvo lugar en lo que pensaba o en lo que sentía, sino en lo que **llevaba a cabo**. Por así decirlo, Ialdabaoth brincó a su cerebro, estuvo de paso en su corazón y terminó por hospedarse en sus manos. El gran cambio de Severo Máximo estaba, pues, en lo que

trabajaba, en lo que salía de sus dedos enfebrecidos. Los zapatos y las túnicas que empezó a confeccionar a partir de entonces no sólo eran elegantes, estaban a la moda o, por lo menos, se hallaban bien hechos y resultaban útiles, sino que ayudaban a satisfacer o realizar los instintos de todos sus clientes. Si un hombre estaba perdidamente enamorado de una dama, pero carecía del valor de ir en pos de ella, ya sea porque su timidez le paralizaba el ímpetu, o porque las condiciones de la mujer -casada o de mayor nobleza que él- lo paraban en seco, la adquisición de un par de zapatos en la tienda de Severo Máximo, se traducía en lo siguiente: cuando el enamorado se calzaba, parecía ponerse al mismo tiempo en los pies su deseo más encubierto y su decisión más difícil, y entonces, sin pensarlo dos veces o sin atravesar la tierra fangosa del titubeo, marchaba aceleradamente, como empujado por una fuerza irresistible, a la manera de la **pata de palo** del cuento de Espronceda, a la búsqueda de su amada para colocarse de golpe en los bordes de su oído y en las inmediaciones de su tacto. Severo Máximo empezó a construir las chanclas que el filósofo necesitaba para ir hacia una soledad meditativa, los coturnos que Nerón requería para aparecer en el teatro, las sandalias que llevaban a los catecúmenos al suplicio. En los zapatos encarnaba el destino de cada quien.

Zapato era igual a camino, a realización de deseo, a cumplimiento de impulsos.

Severo Máximo era también un sastre extraordinario. De sus manos salían con la misma perfección el **imathion** helénico, la **toga** romana, el **manto** judío y la **túnica** nazarea. A partir del momento en que fue invadido por Ialdabaoth, no sólo confeccionaba vestimenta galana y provechosa, sino poseedora de una singular cualidad de seducción. Hizo las prendas de Mesalina y de la madre de Nerón, para no hablar de la indumentaria provocativa y deslumbrante de las prostitutas que se ofrecían en los **lupanares** de la capital del imperio. Era vestidos cuyo encanto residía en que pedían a gritos desaparecer: la hembra mejor aderezada era aquella que, con su oeste o su túnica, despertaba el deseo irresistible de admirarla sin velamientos. Severo, en su vestuario, inventó el arte de la sugerencia: ocultaba un seno para sugerirlo, velaba un talle para insinuarlo, cubría dos muslos para dar señales a gritos de su existencia. Pero también a él se debe el arte del anulamiento: vía la ropa, hacía que los individuos extraviaran su sexo o, lo que es igual, renunciaran a su diferencia específica para saltar, vestidos de manera uniforme, a su género próximo. Estas túnicas de **sexo indiferenciado** gustaban

sobremanera a los gnósticos, a los ebionitas y a los cristianos seguidores de Pablo de Tarso.

Severo Máximo calzó y vistió tanto a las huestes de Nerón como a las huestes de San Pablo. Hizo y les vendió los zapatos que los condujeran, de necesidad, a oponerse, a odiarse, a luchar unos contra otros. Les confeccionó además vestimentas **repelentes**. A los cristianos les repugnaba la indumentaria frívola con que se engalanaban los secuaces del Anticristo y a Nerón y su corte les desagradaba especialmente la vestimenta sencilla y asexuada de los seguidores de Cristo.

Capítulo V

De la plática que sostuvieron dos músicos eminentes sobre su discípulo: el "César citarista".

A estas alturas, cuando los estertores del siglo XX nos están aturdiendo ya los oídos, no es posible cargar sin escrúpulos el bulto de los conceptos sociológicos y revolucionarios habituales, que han ido perdiendo, al menos parcialmente, el prestigio, el lustro, la contundencia, el valor de fontana intelectual, y también sentimental, donde abrevaban la ilusión en armas y la rebeldía dispuesta a poner una carga de dinamita en los pies de barro de cualquier sistema imperante.

La canasta de los conceptos tradicionales se ha tornado, pues, insuficiente, confusa y, en no pocas ocasiones, inútil y perniciosa. La historia lo registra, la filosofía lo sabe y el corazón lo intuye. En este fin de siglo, por ejemplo, ya no basta con aludir a las posesiones materiales de instrumentos productivos o de riqueza, y hablar, a partir de ello, de poseedores y desposeídos, ricos y pobres, capitalistas y trabajadores. Ahora tenemos que reconocer que existe, con un **status** similar al de las

otras, una **clase intelectual**, contrapuesta a una manual, y que se caracteriza por poseer, no elementos o factores materiales, sino un acervo de conocimientos y experiencias de índole mental y una comunidad de intereses que emanan de eso. Su capital reside en que, a diferencia del común de la gente, ha tenido acceso a una información que potencia su trabajo específico. El intelectual obtiene un diploma para sus dendritas, una licenciatura para sus neuronas o un doctorado para su materia gris; pero tiene, en general, las manos atrofiadas o, al menos, convertidas en apéndices inútiles frente a las exigencias de la práctica cotidiana... A partir de ello, se gesta en él una psicología y hasta una concepción del mundo que lleva el sello inconfundible de su forma cotidiana de poner en juego su fuerza de trabajo.

Pero hay de intelectuales a intelectuales. Para saber a qué tipo de éstos pertenecía el hijo de Agripina y Ahenobarbo, nada mejor que echar mano de los privilegios del poeta -que puede introducir su indiscreción imaginativa donde le plazca- y sorprender el siguiente diálogo entre Terpno y Menécrates (eminentes artistas que fueron maestros del hijo de Agripina) realizado dos lustros después del fallecimiento del emperador:

Menécrates: Hay que confesarlo, Terpno: nosotros

fuimos los culpables, por lo menos parcialmente, del **monstruo artístico** o del **engendro literario** que fue nuestro discípulo.

Terpno: Sensiblero, llorón y ambicioso como nadie.

Menécrates: ¿Te acuerdas que decía: "para mí nada significan Tarquino, Mario, Julio César u Octavio Augusto en comparación de Homero, Hesíodo y Píndaro?"

Terpno: Pero tú, y sólo tú, fuiste el responsable (¿tendrás cara con qué negarlo?) de que al zodiaco de los grandes poetas épicos y líricos añadiera la constelación de los dramaturgos y comediógrafos: no sólo Esquilo, Sófocles y Eurípides, sino también Arístófanes...

Menécrates: y Menandro, su preferido. Pero tú, con Diodoro, lo llevaste de la mano por los meandros de la literatura y de la música romana.

Terpno: ¡Cómo le gustaban Horacio, Virgilio y Ovidio!

Menécrates: Y también -¿lo recuerdas?- Cicerón, Plauto y Terencio. En realidad lo apasionaban los grandes escritores latinos **en la medida** en que se hallaban influidos o se acercaban a los grandes aedas de la Hélade.

Terpno: Su ideal era el espíritu griego. ¿Te acuerdas cómo decía los poemitas de Alceo?

Menécrates: Me acuerdo más bien de cómo recitaba a Safo: le gustaba declamar sus poemas vestido de mujer.

Terpno: Pero ¿cual era, entre todos, su poeta preferido? ¿Cuál, sin exceptuar a los griegos y a los

romanos, el poeta que más amaba?

Menécrates a: La respuesta es muy fácil y ambos la conocemos: Nerón.

Terpno: Sí, el mejor de los poetas habidos y por haber era, para el hijo de Agripina, el asesino de Agripina.

Menécrates: ¡Caray, Terpno, qué monstruo artístico se incubó en nuestras manos!

Terpno: Pero hay que ser justos y no exagerar. Ni tú ni yo somos los culpables de las aficiones artísticas de nuestro hipogrifo. La responsabilidad de ello recae en la naturaleza.

Menécrates: ¿A qué te refieres?

Terpno: A que Nerón vino al mundo con esas malas mañas. Como tú sabes Domicia Lépidia...

Menécrates: ¿la hermana de Ahenobarbo y tía de Nerón?

Terpno: Sí, ella, se encargó amorosamente del joven aristócrata, lo cuidó en su palacio, sobre la vía Flaminia, le dio a conocer las primeras letras y fue, en realidad su primera educadora. Se cuenta que, cuando Nerón era bebé, Domicia Lépidia lo tomaba en brazos y le cantaba canciones de cuna...

Menécrates: porque las canciones de cuna "son granitos de narcótico repartidas por Morfeo para que los niños se duerman", como decía el poeta.

Terpno: Pero Nerón, mientras escuchaba la bella voz de su tía no podía cerrar ni ojos ni oídos.

Menécrates: Para obtener su sueño, su tía trataba de

arroparlo con canciones de cuna, mas él, niño melómano, sentía que se le estaba mece que te mece en el insomnio...

Terpno: Otro indicio de sus gustos era el embelesamiento que le producían las narraciones. Nerón, o Lucio Domicio como se le llamaba entonces, adoraba a su tia (prefiriéndola sin duda a su madre) porque ella le sabía contar cuentos maravillosos con finales tristes que lo ponían al borde del sollozo o finales alegres que le hacían cerrar los ojos para paladear una enorme alegría.

Menécrates: Todos cayeron en cuenta de la vocación artística de Nerón -incluido Cayo Caligula que, ¿lo sabias tú?, celebró entusiasmado el hecho- cuando el joven cambió una bolsa de dinero por un caramillo pastoril...

Terpno: Sí, lo sé. Y también que, desde entonces, se pasaba mañana, tarde y noche tratando de arrancarle a ese pájaro desplumado las tres o cuatro notas que constituían su paupérrimo gorjeo.

Menécrates: Y más tarde -cuando murió Caligula y subió al trono Claudio- no tuvo dificultades para dedicarse a lo que más le entusiasmaba: los juegos atléticos y las bellas artes.

Nerón, en el año de 54 -al acceder al poder- tenía sólo 17 años. Poco antes, cuando Claudio, su

antecesor en el trono, firmó el acta de adopción, en 50, el hijo de Agripina fue obligado a cambiar de nombre: ya no se llamaría, como hasta ahora, Lucio Domicio Ahenobarbo³³, sino que, al entrar en la **gens** Claudia, su nombre habría de ser en adelante: Tiberio Claudio Nerón. Julia Agripina tuvo muy buen tino al escoger como consejeros del joven emperador al filósofo Séneca y al pedagogo y militar Afranio Burro, prefecto de los pretorianos. Esta es la razón por la que el primer lustro del gobierno del nuevo César fue juzgado en su época como magnífico. Aún más. Muchos historiadores llaman el **quinquenio** falla al período de los primeros cinco años del sexto César en virtud de que, durante él, los desórdenes y crímenes -que no dejaron nunca de existir- no trascendieron los recintos del palacio. Durante este período, la presencia materna -que tenía, por así decirlo, el don de ubicuidad- y los consejos puntillosos y reiterados de sus dos asesores, operan como un freno constante para la libre expresión de las aficiones del emperador que cultivaba discretamente en su seno el gusano de seda de su vocación artística. Aunque Julia Agripina, hermana de Caligula, viuda de Claudio y madre de Nerón, por razones tácticas (ya que se hallaba a la busca de la regencia) en ocasiones asentía y hasta alentaba las

³³ barba de bronce.

manifestaciones líricas, dramáticas y musicales de su hijo, nunca permitió que éste se desbocara, cayera en el ridículo, fuera blanco de la maledicencia y pusiera en peligro el poder de ambos. La relación entre la viuda de Claudio y el hijo adoptivo de éste, fue siempre laberíntica y tortuosa; pero, sobre todo, se revelaba como la contraposición entre la insaciable ansia del poder de la madre y la insatisfecha ansia de belleza del hijo.

Terpno: Mi opinión, Menécrates, es que Nerón, al inicio de su reinado, se sentía prisionero de esa red poderosa que constituían Agripina-Séneca-Burro. Deseaba ejercer el poder -no tanto por el poder mismo como su madre- sino para hacer lo que le viniera en gana, esto es, principalmente para realizar su vocación artística.

Menécrates (reflexivo): Tal vez aquí se halle una de las causas que lo llevaron al matricidio, al acto inenarrable -y ante el cual todos nos hicimos de la vista gorda- de fraguar la muerte de quien le entregó la vida, **para lograr que el artista que creía llevar en sus entresijos pudiera salir a escena.**

Terpno: Una vez que hubo eliminado a Agripina, el emperador pudo expresarse libremente. Nerón accedió por fin al sitio ideal ambicionado por un artista: al de la libertad plena o al de la autonomía sin

restricciones.

Menécrates: No sólo el homicidio perpetrado por Nerón en la hermana de Caligula, al que aludiste, se relaciona con el deseo del joven monarca de evitar todo obstáculo para la realización de sus gustos literarios y musicales, para no hablar aquí de los propósitos políticos del acto; sino que también el envenenamiento de Británico, el hijo epiléptico de Claudio...

Terpno: y que debiera de haber sido el heredero del trono...

Menécrates: también el envenenamiento de Británico, como dije, presenta ciertos aspectos que se encuentran asociados a la vocación artística de Tiberio Claudio Nerón, al lado de la causa más evidente que fue la lucha por el poder.

Terpno: ¿A qué te refieres?

Menécrates: A algo que tú no puedes ignorar. Nerón estaba profundamente celoso de Británico porque éste lucía una voz infinitamente más bella y mejor timbrada que la suya.

Terpno: Respecto a la voz de Tiberio Claudio, tengo mucho que decir, ya que yo fui, por encargo de Agripina, su primer maestro de canto. Cuando cayó en mis manos, Nerón tenía dos características relevantes: una voz potente y una buena afinación natural. Cuando, acompañado de mi cítara, entonaba una canción, no se

salía del cauce melódico ni calaba inmoderadamente; pero nos aturdí a todos y nos obligaba a usar tapones en los oídos...

Menécrates: ¿Y qué hiciste para amaestrar una voz tan rebelde?

Terpno: Le impuse una disciplina draconiana para cultivar su entonación. Pero no sólo eso. Le sugerí, y él aceptó de buen grado, que ingiriera habitualmente vomitivos y purgantes en vista de la purificación de su cuerpo, de su sangre y de sus cuerdas vocales y lo convencí de que se sometiera a un régimen alimenticio riguroso, basado en las cebollas y el aceite, absteniéndose de frutas, golosinas, bebidas espumosas y carnes, que eran sus alimentos preferidos. Llegó inclusive a soportar, tumbado boca arriba, una plancha de plomo sobre su pecho, porque le dije que así era el mejor modo de hacer ejercicios respiratorios...

Sobre la calidad y el timbre de la voz del Sexto César hubo en su época opiniones distintas y hasta encontradas. Suetonio era del parecer de que la voz de Nerón era demasiado aguda y estentórea. Algunos, sobre todo entre los griegos o romanos helenizados, opinaban que su voz no tenía nada de desagradable y que Nerón, después de las lecciones que recibiera de Terpno y de Menécrates, había devenido

un músico hábil y ejercitado. Una opinión digna de tenerse en cuenta es la del filósofo y escritor helénico Luciano de Samosata, quien, tras de escuchar a Nerón en Acaya, asentó: "El no es ni admirable ni ridículo. La naturaleza le ha dado una voz pasable, de mediano valor; su sonido es un poco ronco y cavernoso, porque contrae la garganta, lo que le da a su canto un murmullo mediocrementemente agradable. Sin embargo, hay notas que endulzan el timbre cuando no lanza su voz con demasiada seguridad. Sobresale en los matices de la escala, la melopeya, el trino y el acompañamiento de la citara. Lo que le perjudica es, ante todo, la respiración corta, con un soplo insuficiente".

Terpno: Desde que Tiberio Claudio tomó clases conmigo -y no sólo de canto, sino de arpa, citara y lira- hacía oír a sus allegados, tarde con tarde, sus morosos y no tan evidentes progresos en el arte de Orfeo.

Menécrates: ¿Es verdad que, en una de esas sesiones, estando presentes Agripina, Británico y Octavia, dijo que no era digno de un emperador, cuando tenía talento musical, "cantar ante el pueblo acompañado de la lira"?

Terpno: Así es. Y esa frase era en el fondo la expresión de un deseo que ya no podía ocultar Nerón...

Menécrates: el de presentarse ante el público en un

teatro. Terpeno: Y es que ya no le satisfacía el aplauso familiar cautivo o las muestras de "admiración" de su círculo más íntimo.

Menécrates: Nerón no era ningún tonto: sospechaba que los elogios que le ofrecían sus cortesanos, en los jardines imperiales, no eran tan sinceros y calurosos como fingían ser.

Terpeno: Nada entusiasmaba más a nuestro discípulo que cantar, pintar y componer poemas. Pero también le atraían las carreras de caballos. ¿Te acuerdas?

Menécrates: Claro que sí. Después de desaparecida Julia Agripina, y con la oposición de Séneca y Burro, Nerón actuó en el Circo Máximo. Era una época en que la gimnasia y el ejercicio físico le atraían poderosamente...

A decir verdad a Tiberio Cludio Nerón lo animaba el anhelo utópico de ser un **hombre integral**. Su ideal era el consabido **mens sana in corpore sano**. Quería sobresalir en el atletismo, la oratoria y la declamación, la música y el teatro. También en la poesía y, de ser posible, en la filosofía. Deseaba cultivar todas las artes que se captan con los sentidos y, desde luego, con la imaginación, la memoria y el intelecto -como la música, la pintura y la escultura. Le enloquecía, además la idea de poseer, ver, tocar y hasta oler todo tipo de objetos

de arte. Así como Aristóteles era un coleccionista de minerales, vegetales y animales raros -que Alejandro le iba enviando al tiempo en que avanzaba con sus cohortes hacia las costas del Asia menor, Egipto, Persia, etc.³⁴, Nerón era un verdadero coleccionista, depredador y largo de uñas, de objetos artísticos. Su "vivienda era un museo", como dice Suetonio, y no pocas estatuas, pinturas, vasijas y joyas que guardaba en el Palatino, primero, y en la "Casa Áurea", después, provenían del despojo franco o la rapiña velada. A medida que fue pasando el tiempo, y la primera juventud fue desplazada por la segunda, Tiberio Claudio le fue dando más importancia la **mens sana que al corpore sano**, al cultivo de la inteligencia y el espíritu que a la cultura física, al trabajo intelectual que al trabajo manual. Nerón se vuelve entonces un ejemplo nítido, casi simbólico, de la ideología aristocratizante de la **clase intelectual**, del grupo de personas que imagina la pirámide social con un vértice formado por los trabajadores del intelecto y el espíritu y la base constituida, no sólo por los plebeyos y los esclavos, sino por los comerciantes, usureros, artesanos y aun los aristócratas esclavistas carentes de cultura y refinamiento. Nerón tuvo incluso la pretensión de que su concepto del mundo se

³⁴ en lo que se consideraba la revancha de los griegos tras las guerras médicas.

convirtiera en política del Estado. Y en cierto grado lo logró: en su época, y a la sombra de su ejercicio del poder, las bellas artes y otros quehaceres de la conciencia llegaron a ocupar como nunca el lugar privilegiado, en tanto que la labor física, a pesar de su imperiosa necesidad, era vista por los patricios, por la corte y por el emperador, como un trabajo indigno, ruin, propio de plebeyos y esclavos. "Nada más repugnante a la vista, murmuraba el emperador, que una mano encallecida.

CAPÍTULO VI

Que es una continuación del precedente.

Terpno: Algo que resulta más memorable aún que su participación en el Circo Máximo, fue cuando nuestro discípulo, durante las **Juvenales**, vistiendo una clámide plagada de oro y piedras preciosas, subió los escalones de la escena...

Menécrates: templó una lira de tres cuerdas...

Terpno: y se puso desvergonzadamente a cantar.

Menécrates: ¿Y has olvidado acaso el papel que desempeñó César Nerón en las **Neronia**?

En el estío del 60, para celebrar el aniversario del ascenso al imperio de Claudio, Nerón organizó las Neronia (o Juegos neronianos) que inicialmente estaban destinadas a desarrollarse cada cinco años. Según la forma griega de la organización de los juegos, en ellas se trataba de llevar a cabo un triple concurso: poético-musical, gimnástico e hípico.

Terpno: En las **Neronia**, los jueces proclamaron a Nerón vencedor del concurso de elocuencia y de poesía latina...

Menécrates: Y él aceptó, lleno de humildad, sonrojado, la corona de laurel.

Terpno: Y los jueces también lo declararon triunfador en la competencia entre los tañedores de lira...

Menécrates: Y él, con mayor humildad aún, se declaró indigno de tal premio...

Nerón decidió añadir a sus presentaciones en los jardines imperiales, en las **Juvenales** del 59 y en las **Neronía** del 60, una exhibición de sus dotes musicales y poéticas ante un gran público. En la primera ocasión que quiso desplazarse a Grecia -y que se vio forzado, por razones políticas, a volver sobre sus pasos y retornar a Roma-, se le presentó la oportunidad, en Nápoles, de mostrarse al público. Ensayó entonces con Menécrates la cítara y hace un esfuerzo enorme para desarrollar el volumen, el timbre y la claridad de su voz. En la primavera del 64 se exhibió, pues, en un teatro de Nápoles y es importante dejar sentado, en honor de la verdad, que tuvo un éxito indudable. El auditorio, de origen griego en su mayoría, lo comprendió y lo aplaudió con entusiasmo. Animado por los triunfos que hallaba entre los descendientes de Grecia que vivían en Nápoles, Nerón participó en diversas representaciones literario-musicales en esta ciudad. En una de esas funciones ocurrió algo que, además, le ganó el aplauso y el reconocimiento de todo el público, con inclusión del que, ante sus

actuaciones, venía siendo indiferente o manifestaba tan sólo una vaga curiosidad: un sismo de origen volcánico -aunque el Vesubio no tuvo su gran erupción sino hasta 79, por entonces empieza a entrar en actividad- hizo que las gradas del teatro se desplomaran estruendosamente. Nerón acababa de entrar en el edificio. Corrió al escenario para salvarse. Pero luego, ganado por su "profesionalismo" y su amor a la escena, inició, imperturbable, su actuación. Este acto - que los asistentes

Terpno: No sé si convengas conmigo, Menécrates, pero algo verdaderamente repulsivo de Nerón no era tanto la idea que tenía de sí mismo o la vanidad franca o encubierta que animaba la mayor parte de sus actos y exhibiciones, debilidades en fin propias de los artistas, sino lo que podríamos llamar "la fabricación artificial del reconocimiento".

Menécrates: ¿O sea?

Tórpido: O sea el echar mano del poder para obligar al público a rendirle pleitesia.

Menécrates: Ya sé a lo que te refieres. Recuerdo muy bien que, cuando él iba a cantar o a emitir su "voz celestial, como decían sus aduladores, no estaba permitido al auditorio abandonar el teatro...

Terpno: ni siquiera para satisfacer sus más imperiosas necesidades.

Menécrates: Sé de buena fuente que, por esta disposición, algunas mujeres tuvieron que dar a luz entre las butacas...

Terpno: Pero hay algo peor que eso...

Menécrates: ¿A qué aludes?

Terpno: La mente torcida de Tiberio Claudio no sólo se manifestaba en su deseo de que, tras de actuar, por fuerza se le alabara -exigiendo además que los elogios parecieran libres y espontáneos-, sino en su hambre, cuando acudía al teatro sólo como espectador, de presenciar cosas nuevas, tremendas y conmovedoras.

Menécrates: Te refieres a...

Terpno: Me refiero a que, bajo Nerón, como recordarás, se hizo representar a los presos y condenados terribles papeles mitológicos y trágicos, seguidos de la muerte del actor en pleno escenario.

Terpno y Menécrates aluden aquí a hechos ignominiosos que tuvieron lugar, al parecer, durante el reinado de Nerón. Ellos no están exentos, hasta cierto punto, del pecado de complicidad. Aunque es necesario reconocer también que poco o nada podían hacer los **maestros de música** del "monstruo artístico", como le llamaban, ante las decisiones imprevistas, psicóticas e inhumanas que se incubaban entre el pecho y la espalda del emperador.

Menécrates: A todo lo anterior, hay que añadir que, con frecuencia, Nerón regulaba su amistad y su odio a partir de las mayores o menores alabanzas que se le prodigaban...

Terpno: Y también que, si en las competencias, se presentaba alguno más hábil que él en el arte del canto, de la ejecución del arpa o de la melopeya, tomaba el partido de corromperle o hacerle desaparecer.

Menécrates: El César, que "lo era todo" desde el punto de vista de la política del imperio, se angustiana de

no ser "alguien" en el terreno del arte...

Terpno: de ahí su amor al aplauso, al reconocimiento, a las coronas de laurel y a las felicitaciones almibaradas.

Y de ahí también su odio a que hubiera otros vencedores. Nerón, en efecto, quiso borrar de una vez por todas el recuerdo de otros triunfos artísticos que no fueran los suyos, para lo cual mandó derribar las estatuas y los bustos de los antiguos vencedores. "Negar su talento -escribe Renán- fue el crimen de Estado por excelencia".

Se cuenta que, al estallar el incendio de Roma en 64, Nerón no puede resistirse a tomar la lira y, acicateado por la inspiración del momento, se pone a declamar enardecido un poema épico que cantaba la caída de Troya y el incendio provocado en ésta por los aqueos. Aunque no ha sido probado este hecho, al que alude tenazmente la leyenda, es posible que haya tenido lugar dada la personalidad, la idiosincrasia y el temperamento de nuestro hombre. De ahí que Jacques Robichon haya apuntado: "Todo lo que se conoce de Nerón, emperador histriónico, "hombre de Estado", comediante de sí mismo, otorga alta verosimilitud a esta versión de su comportamiento, cara al panorama de su capital abrasada".

Los romanos cultos habían extraviado el alma en Grecia. Aunque el Imperio Romano pudo desarrollarse excepcionalmente en lo que se refiere al derecho, la economía, la administración, el arte de la guerra, etcétera, no podía aventajar a Grecia en el arte, la filosofía y algunas manifestaciones científicas. Los romanos ilustrados tenían cierto complejo de inferioridad frente a los helenos. Los veían como el atleta fatigado del culto a los músculos, vuelve los ojos al artista. Los filósofos más importantes romanos, como Cicerón, Lucrecio o Séneca, no ofrecían término de comparación con Parménides, Heráclito y Demócrito, para no hablar de Sócrates, Platón y Aristóteles. Los grandes poetas latinos, como Horacio, Virgilio y Ovidio, no podían parangonarse con Homero, Hesíodo y Píndaro. Los grandes comediógrafos de Roma, como Plauto y Terencio, esto es, los representantes de la comedia "palliata", no podían igualar a Aristófanes y Terencio, etcétera. En la historia de la antigüedad, Grecia inició las grandes disciplinas del espíritu que, a manera de temas musicales, sirvieran de base para las variaciones llevadas a cabo por los romanos primero, y por toda la Europa occidental después. Renán escribe que: "De Augusto a Constantino, cada año representaba un progreso de la parte del imperio que hablaba griego sobre la parte que hablaba latín". Los

conquistadores materiales se rindieron ante la fuerza espiritual de sus conquistadores. Nerón, que dominaba la lengua de Hornero, forma parte de esa clase intelectual romana que lleva a cabo dos operaciones simultáneas: la idealización de Grecia y la identificación de Roma con la vulgaridad y el pragmatismo mediocre. Nerón sentía -añade Renán- disgusto con los romanos, en general flojos concedores musicales" y dio su preferencia a los griegos, porque "según él eran los únicos capaces de apreciarle". El hecho de que, no sus compatriotas, sino los griegos, sus queridos griegos, lo aplaudieran y estimaran sus virtudes histriónicas, le henchía el pecho con amor a sí mismo. Tras de su exitosa experiencia en Nápoles con un público fundamentalmente griego y oriental, y delante de varios de los vencedores de los concursos de Grecia que lo fueron a visitar, Nerón dijo, en efecto, que: sólo los griegos saben escuchar". En Roma, Nerón se siente incomprendido. Los romanos son tan torpes, vulgares y mezquinos que se hallan incapacitados para apreciar el florilegio de excelsitudes que emana de su boca cuando canta o que escapa de sus dedos cuando tañe la lira. Todo esto lo hace concebir el proyecto de desplazarse finalmente, sin titubeos y postergaciones, a la patria de la más alta de las expresiones de la cultura. El viaje de

Nerón a Grecia, fue el viaje de Nerón a sus ideales. Fue en busca de su público. De su gloria. Del deseo de que el auditorio se olvidara por un momento de que él era el emperador de Roma y contemplara frente a sí tan sólo al gran artista. El viaje a Grecia fue, entonces, el punto culminante de ese, valga el nombre, proceso de des-romanización de Tiberio Claudio que, como miembro decidido de la aristocracia intelectual, lo arrojaba por fin en brazos de su frenesí.

CAPITULO VII

En que se habla de las aficiones artísticas de Tiberio Claudio.

El golpeteo de los remos, fue sustituido por el ruido metálico de un ancla sedienta no de agua sino de tierra firme. Era el mes de octubre del año de 66. Nerón no daba crédito a sus ojos: se encontraba frente a Corcira, la segunda en importancia de las islas jónicas del Mar Egeo. Se hallaba, quién lo diría, en la legendaria tierra donde según Homero residía Alcinoos, el rey de los feacios. Enterado el César, de que en Corcira predominaba el culto a Júpiter Casio, dios de origen sirio, decidió cantar ante la estatua de esta divinidad como muestra de agradecimiento al destino por haberle permitido llevar a cabo su vieja ilusión de poner finalmente sus pies en **su sueño de siempre**. No pudo haber hecho mejor elección. Los isleños quedaron encantados, y la ovación que se oyó ese día no fue helada, formalista e hipócrita, sino efusiva y sincera, anunciando el tipo de recibimiento que en general tendría Nerón en toda Grecia: en Corinto, Olímpia, Actium, etcétera. Eugen Cizek asienta que Nerón no fue nunca considerado por los griegos "como un brillante aficionado, sino como 'un verdadero profesional, un artista

de oficio'. Un momento especialmente importante en este itinerario por los islas y el continente de la vieja Grecia fue cuando, en Corinto, los jueces - influidos por quién sabe qué consideraciones, pero también por el clamor popular- lo proclamaron **periodnike** o sea vencedor de los juegos. Ante todas estas muestras, Nerón se sentía el hombre más feliz en el universo mundo. Era un individuo realizado. Un artista generalmente incomprendido, que había dado finalmente con su auditorio. No atinaba cómo corresponder a los griegos por sus muestras de entusiasmo y por su espíritu comprensivo e inteligente. ¿Qué hacer? ¿Cómo manifestarles su agradecimiento? ¿Qué acto podía brotar de sus manos y alcanzar el beneficio de todos los griegos? Lo pensó intensamente. Se desveló toda la noche meditando en tal cosa. Y halló de repente la respuesta. Otorgaría la independencia política a Grecia. Eliminaría su status de colonia. Le brindaría a su Grecia amada el don más anhelado por el pueblo: la libertad. Al enterarse los griegos de la decisión del emperador -el trueque de aplauso por independencia-, no podían salir de su asombro. Entusiasmados, no se cansaban de hablar de Tiberio Claudio como de un monarca sensible y magnánimo -por lo menos en lo que a ellos se refería. Y, pretendiendo dar muestras de agradecimiento a su benefactor, no escatimaron elogios para el Nerón

artista, para el declamador, para el tañedor de cítara, para el cantante y actor.

Cuando el emperador se vio en la necesidad de tornar a Roma, no podía olvidar los múltiples elogios, inflamados y febriles, que le prodigaron los griegos. Si alguna duda sobre su talento artístico había tenido escondida en el hondón del ánimo, fue disipada de modo total y para siempre por muestras tan calurosas como espontáneas.

En este estado de ánimo lo halló la noticia del levantamiento de Cayo Julio Vindex, en las Galias, en contra del imperio que él encabezaba. El hecho lo inquietó ostensiblemente. Más aún cuando se enteró de que Vindex, gobernador de la Galia céltica, lejos de estar solo, arrastraba tras de sí a otros militares como era el caso de Lucio Sulpicio Galia, gobernador de la Hispania Terraconense. Se cuenta, incluso, que, cuando Nerón supo de la alianza entre Vindex y Galba, cayó desvanecido con el corazón hecho ascuas. Algo que molestó especialmente a Nerón, que lo sacó de sus casillas y lo arrojó a la más profunda irritación y zozobra, fue el tomar conocimiento de los términos y palabras con que Vindex se lanzaba a la conjuración. El 19 de marzo del 68, Nerón, al hallarse en Nápoles, recibió en efecto una proclama de Vindex,

interceptada por sus partidarios, que decía: "Hoy, nosotros hemos adquirido el derecho a rebelarnos, porque Dominio Ahenobarbo ha arruinado todo el mundo romano, porque ha dado muerte a los mejores senadores, porque ha asesinado a su madre y porque ya no salvaguarda la dignidad de su soberanía"...

Nerón se removió en su asiento. La serpiente de la indignación le clavó los colmillos en el pecho. La mano se le metamorfoseó en puño y la levantó como deseando golpear a alguien. Pero, ganado de nuevo por la curiosidad, volvió a la lectura.

"Yo he visto a este hombre, yo lo he visto, digo, sobre el escenario de un teatro, tocando la lira con los hábitos de un pobre músico como un mal histrión. Le he escuchado cantar y le he oído declamar; le he visto cargado de cadenas y arrastrado por el suelo; ¡le he visto, a él, como una mujer encinta, parir en el teatro! Le he visto atribuirse papeles de la leyenda y de la literatura. A tal personaje, ¿se le podría llamar todavía César Augusto? Estos títulos sagrados nadie se puede arrogar el derecho a mancillarlos; han sido llevados por los divinos emperadores. ¡Pero él, este individuo, sería más digno de ser nombrado Edipo,

blasón u Orestes, porque es a ellos a quien quiere personificar, y es con sus atributos con los que sueña antes que con otros más augustos. Para terminar, es contra él contra quien nos dirigimos y contra quien nos sublevamos".

Nerón se levantó furioso de su asiento. La afirmación de que era un "pobre músico" le revolvió las entrañas y le dejó un mal sabor de alma. ¡Qué lejos estaba esta maldiciente opinión romana del elogio enardecido de sus griegos! Los vituperios de Vindex provenían de su oposición política, su nulo refinamiento espiritual y su incultura. Estos juicios, emanados del odio y a lo mejor hasta de la envidia, no debían de preocuparlo. Dirigió a otros temas y asuntos su conciencia y, no sin esfuerzo, logró echarles paletadas de olvido y deshacerse de ellos.

Con el discurrir de los años, las aficiones artísticas de Nerón acabaron por convertirse en acuciantes y obsesivas. No sentía ser un emperador citarista, sino un citarista emperador. De ahí que Georges-Roux haya escrito: "El azar lo hizo emperador; él era comediante". Cuando, envalentonado, deseó lanzar una operación militar de envergadura, conducida por él mismo, contra las fuerzas rebeldes de Galia e Hispania, se imaginó que,

armado de la citara y el plectro, se acercaría a los ejércitos rebeldes y, tras de echar mano de los arpegios adecuados y de la más bella entonación de voz, lograría que los rebeldes se arrepintieran y que todos, incluido él, derramarían lágrimas de júbilo y fraternización.

Nerón jamás dudó en serio de que él era un artista, un importante, imperecedero y genial artista. Si al principio, nadie sino él estaba plenamente seguro de ello. Ahora tenía el aval de los griegos. ¡Qué valía la opinión de sus enemigos, enfermos de plebeyismo cultural, frente al docto juicio del espectador griego, del pueblo más aristocrático y culto de la tierra! Poco antes de morir, habría de soltar, por eso mismo, el famoso **¡Qualis artifex pereo!**³⁵, que no es otra cosa que la distorsionada idea que la megalomanía tiene de si misma.

En la sociedad de clases que nos ha tocado vivir, los intelectuales se dividen en dos agrupaciones claramente diferenciadas: aquellos que, lacayos del dinero, ponen sus conocimientos, informaciones y experiencia al servicio de los dueños del capital y de su Estado, y aquellos que, enamorados del futuro, se subordinan o, por lo

³⁵ ¡Qué artista muere conmigo!

menos, intentan hacerlo, a los intereses de los trabajadores asalariados de la ciudad y del campo: Ambos géneros de intelectuales tienen en común que abandonan sus intereses de clase para afirmar, defender y consolidar los de otras clases. Son intelectuales, pues, que se desclasas. Constituyen aquel sector de la **clase intelectual** que se halla **fuera de sí**. Hay un entrecruzamiento curioso: son un segmento de la clase intelectual que se autoniega como tal, para que otras clases -capitalistas y asalariados- se autoafirmen. Además de estas fracciones de la clase intelectual que se hallan articuladas o que mantienen cierta organicidad con las clases sociales fundamentales de la sociedad actual, hay otros sectores, los intelectuales **tradicionales**, que han perdido su sustento o su base social. En el pasado eran, por ejemplo, los intelectuales de la clase feudal. Pero como esta clase ha desaparecido, ellos sostienen una ideología conservadora, carente de sentido real e inscrita en el romanticismo reaccionario. Los intelectuales tradicionales son intelectuales inorgánicos. Se hallan también fuera de sí, pero su desclasamiento no se realiza en el acto de ponerse al servicio de los explotadores económicos o de los explotados, sino en el hecho de no dar con la forma de autoafirmarse como clase social sui generis. Han perdido su base social de sustentación, pero,

sin hacer a un lado sus viejas fidelidades, se resisten a caer en la órbita de los nuevos agrupamientos clasistas. Por lo general, estos intelectuales tradicionales coinciden o acaban por coincidir con los intelectuales apoliticistas y aristocratizantes, es decir, con los que dicotomizan la realidad social hasta verla como un cuerpo en que lo verdaderamente decisivo no está representado por la antítesis del capital y el trabajo, sino por la contraposición del saber y la ignorancia, de la cultura y la incultura, del refinamiento y la vulgaridad.

Frente a todas estas formas de desclasamiento -o sea de los intelectuales orgánicos e inorgánicos-, actúa de manera muy distinta el sector **para si** de la clase intelectual. Este sector, que es el sector histórico de la clase, no se supedita al capital, tampoco se subordina al trabajo manual asalariado ni, por último, queda flotando entre ambos sin lograr un verdadero enclasamiento. Es, por lo contrario, aquella parte de la clase intelectual que se vincula con el salariado manual, se pone al frente de él y se lanza a una lucha contra el capital. El resultado de esta revolución hecha por los proletarios contra los capitalistas, beneficia, si es exitosa, no a los trabajadores, sino a la clase

intelectual. Se trata, pues, de la revolución **proletario-intelectual**, de una revolución que saca de la escena al capital privado, que deja a la división del trabajo como dueña de la situación y que, por ende, entrega el poder a la tecnoburocracia de la clase intelectual.

Los intelectuales inorgánicos, o la aristocracia intelectual, es uno de los sectores fuera de sí de la clase intelectual. Pero aunque se hallen fuera de sí, no se consideran como tales, sino que se piensan **enclasados** formando una élite privilegiada contrapuesta a los demás. No son, sin embargo, un sector **para sí** de la clase, sino tan sólo una fracción **en sí** o, si se prefiere, un grupo intelectual que se piensa **para sí** cuando no es sino **en sí**. Afirmación ésta que es importante si tomamos en cuenta que todo lo que es en sí, acaba por coincidir con lo que está **fuera de sí**, pero no con lo que puede definirse como **para sí**.

Demos ahora un salto hacia atrás. Nerón sostiene la ideología de la aristocracia intelectual. Para él la contradicción **trabajo intelectual/trabajo manual** le preocupa más, por lo menos de manera inmediata y superficial, que las contradicciones **patricio/plebeyo** o **esclavistas/esclavos**.

El punto de vista neroniano no consiste en **primera instancia** en ponerse del lado de los patricios contra los plebeyos o de los amos contra los esclavos, sino en formar parte del grupo de los hambres ilustrados y sensibles, vengan de donde vengan, deslindado de los individuos ignorantes y torpes, aunque entre ellos se encuentren algunos patricios y no pocos esclavistas. Sólo en **última instancia**, Nerón, que pertenecía a la nobleza esclavista romana, cierra filas con la clase **apropiativo-material** a la que pertenecía por nacimiento...

Nerón parece haber sido, a decir verdad, un artista mediocre. No un artista vulgar, ignorante y sin oficio, sino un artista mediano. El estudio de su personalidad resulta sumamente interesante para acercarnos a la idea de que a través de prácticamente toda la historia ha existido una clase intelectual. Y ello es así en virtud de que el sexto César no puede ser considerado, de ninguna manera, como un genio artístico. La existencia de los genios, de los artistas originales, de los músicos, poetas, pintores o escultores de excepción, parece contradecir la tesis de que existe una clase intelectual. El genio es un artista único, insustituible y sin posible repetición. Mientras la clase socializa, el genio individualiza. Si

Nerón ocupara un sitio análogo al que disfrutaban en la cultura griega Homero y en la cultura latina Virgilio, no nos serviría, o serviría muy poco, para hablar de una clase intelectual. Pero la mediocridad de las aptitudes artísticas del emperador no se contraponen ni chocan con la idea de que él, lejos de ser irrepetible e inclasificable, pertenece a un tipo o grupo de personas que, pese a su individualidad, tiene rasgos en común, una psicología similar y un comportamiento parecido. La verdad es que si bien todos los genios pertenecen a la clase intelectual, no todos los miembros de ésta son genios. Y ello se debe a que la clase intelectual es aquel agrupamiento de personas que es dueño de medios de producción intelectuales (conocimientos, información, experiencia) de los cuales carece el otro agrupamiento: el del trabajo físico.

Capítulo VIII

Iba que el autor y Ialdabaoth sostienen animado diálogo sobre los problemas y la realidad del mal, la saldad y el Maligno.

La historia es la historia de diferentes historias. Este apotegma, un sí es no es barroco, sofisticado y poedantesco, resulta, sin embargo, tan evidente como incuestionable. Dos de las historias que han de formar parte del plexo de acaecimientos que, articulados, debe hacer suyo y expresar escrituralmente el historiador son, primero, el enlace de sucesos socioeconómicos y políticos, aunque también culturales (a lo que podemos dar el nombre de las condiciones objetivas del proceso) y, segundo, el tropel de vivencias que discurren en la psique de los individuos, y a lo que, a su vez, podemos llamar las condiciones subjetivas de lo que fue sucediendo, para decirlo con la precisión de un gerundio heracliteano). Nada mejor, entonces, para tener una clara idea de lo ocurrido en las materias fundamentales que vamos a desplegar a continuación que sorprender un coloquio sostenido, las más de las veces en voz baja, entre el autor de este libro -que, mal que bien, pretende discurrir en sus narraciones por los litorales de la objetividad- y Ialdabaoth, el

"príncipe de las tinieblas subjetivas", como gusta él de llamarse, que tiene el vicio de mostrarnos de manera reiterada la "cara oculta" de las acciones supuestamente conscientes.

Autor: Como todos los pueblos primitivos, los judíos fueron inicialmente beduinos animistas e idólatras.

Ialdabaoth: ¿Animistas?

Autor: Sí, es decir, que proyectaban al mundo exterior las partes constitutivas de su alma...

Ialdabaoth: O séase...

Autor: la voluntad, el pensamiento, el sentimiento.

Ialdabaoth: Y también los temores, los deseos, las esperanzas surgidas del hondón del ánimo. ¿Cierto?

Autor: Sí, claro. Descubrieron finalmente el monoteísmo, la creencia en Jehová.

Ialdabaoth: ¿Fueron, pues, los primeros en creer en un solo Dios?

Autor: Es la idea generalizada, pero... **Ialdabaoth:** Pero ¿que?

Autor: Algunos antropólogos han descubierto pueblos muy primitivos que creían en un solo dios (por ejemplo el sol, el cielo, la tierra, el agua).

Ialdabaoth: ¿Y a ellos conviene darles el nombre de monoteístas?

Autor: No sé. Quizás de monoteístas primitivos...

Ialdabaoth: O monólatras.

Autor: Si, te asiste la razón. Monólatras, porque adoran a un solo objeto natural.

Ialdabaoth: No son monoteístas, si por monoteísmo entendemos la creencia en un ser abstraído de todos los entes y creador del cielo, de la tierra y de todo ser viviente. Insisto entonces en mi pregunta: ¿los israelitas fueron entonces los primeros monoteístas?

Autor: Si, si exceptuamos a un faraón egipcio.

Ialdabaoth: ¿A quién te refieres? ¿Y por qué habríamos de hacerlo a un lado?

Autor: Hago alusión a Amenofis IV (o Amenhotep) que perteneció a la dinastía XVIII y que accedió al trono alrededor de 1375 A.C.. A él se debe, al parecer, el primer ensayo de una creencia que apuntaba claramente hacia un monoteísmo radical en la historia. El gobierno de Amenofis duró sólo 17 años y el tipo de religión preconizado por él fue, sin embargo, rechazado por sus sucesores. Con excepción, pues, de las monolatrías y del episodio de Amenofis IV, el monoteísmo fue descubierto y enarbolado por los hebreos.

Autor: Al parecer el monoteísmo nace de la superación de la monolatría. Según una serie de indicios, el mismo Jehová fue durante mucho tiempo identificado con la figura de toro... Pero finalmente se libera de esas ataduras idolátricas y se reafirma como el

principio único, perfecto e invisible, que ha creado todas las cosas.

Ialdabaoth: El inicio, el manantial y el secreto de las creencias politeístas y también monoteístas está en los hombres y en su decurso histórico.

Autor: Estás hablando de una famosa teoría materialista: la del origen antropomórfico de la fe en criaturas fantásticas, en deidades con diversas características, en entes sobrenaturales y, por último, en un solo Dios.

Ialdabaoth: Los hombres crean a los dioses y aun a Dios a su imagen y semejanza.

Autor: Así es. El débil desarrollo de sus fuerzas productivas, la ignorancia, el estupor ante lo desconocido, la búsqueda de que tales o cuales "entes fabulosos" les sean propicios, la proyección de algunos aspectos de su forma de vida al olimpo de sus creencias, hace que los pueblos primitivos y no primitivos extravíen su pensamiento realista hacia las lucubraciones fantasmagóricas de lo sobrenatural.

Ialdabaoth: Y a todo lo anterior habría que añadir: los temores, las esperanzas, el deseo de entidades protectoras o de un padre universal benévolo.

Autor: En un principio, los judíos hablaban de Dios, pero no del Demonio. Se referían a Jehová o Javé, pero no al Maligno.

Ialdabaoth: ¿Y cuándo surgió, a tu entender, la

idea del diablo o de Samael entre los hebreos?

Autor: Inicialmente era Jehová el que, las más de las veces, tentaba o ponía a prueba a los judíos. Jehová fue, en efecto, quien puso en tentación a Abraham y al pueblo de Israel en el desierto. Pero posteriormente pareció inadecuado hacer derivar la tentación y el castigo directamente de Dios.

Ialdabaoth: Es comprensible que los judíos hayan abandonado este punto de vista. Un Dios no sólo creador, sino tentador, no sólo benévolo sino castigador, podía ser visto como una Díada -como diría Platón- que unificaba el principio del bien y el principio del mal. Esta es la razón por la que los gnósticos...

Autor: A la manera de Simón el Mago o Dositeo...

Ialdabaoth: Sí, a la manera de ellos; llegaron a identificar a Jehová con un **demiurgo** dotado de grandes cualidades creativas, pero no elevado al nivel de la purificación absoluta.

Autor: Como producto de su afán de desligar a Dios de la actividad tentadora y punitiva, los líderes y teólogos judíos acabaron por asignar a Jehová, o sea al Dios creador, las manifestaciones orientadoras y educativas y al Demonio las tentaciones, las pruebas y el castigo.

Ialdabaoth: Probablemente ayudó a los judíos a elaborar esta concepción dual el hecho de que, durante

el destierro, entraron en contacto con el mazdeísmo.._

Autor: Con una religión de admitía dos principios absolutos, el bueno y el malo...

Ialdabaoth: Como lo harán posteriormente los seguidores de Manes o maniqueos...

Autor: Así es. La idea predominante en el Zendavesta de los persas es, en efecto, la lucha del bien y del mal. El dios de la bondad, que recibe indistintamente los nombres de Ormuz o Ahura Mazda, ha creado el universo en que vivimos. Pero a cada una de las bondades que ha ido regando por el mundo, corresponde un maleficio que brota de la mano de Ahrimán...

Ialdabaoth: llamado también, si mal no recuerdo, Angra Mainyu.

Autor: Una vez que los judíos conocen la religión persa de Zoroastro, se apropian sin más ni más de la figura de Ahrimán...

Ialdabaoth: Se adueñan de ella, sí; pero la subordinan rigurosamente a Jehová.

Autor: Aunque dicha subordinación no excluía la oposición permanente y total del Maligno respecto al Ser y las obras de Jehová.

Ialdabaoth: Satanás no es, entonces, sino Ahrimán judaizado. **Autor:** A partir de este momento, el Demonio judío...

Ialdabaoth: que aceptará, corregido y aumentado, el cristianismo...

Autor: entra en la historia.

Ialdabaoth: El mal, la maldad y el Maligno tienen entonces, efectivamente, su acta de nacimiento.

REFLEXIONES.

El concepto del Diablo tiene una importancia indiscutiblemente menor en el judaísmo que en el cristianismo. Incluso los rabinos han hablado con frecuencia de Satán simplemente como un símbolo de la tendencia al mal (**yetser ha-ra**) de la humanidad. Aunque de acuerdo con la teodicea cristiana, el Príncipe del Mal, se halla supeditado a Dios, el cristianismo es una religión dualista. El Demonio posee un enorme poder con el cual se opone a las obras de Jesucristo. De ahí su nombre de **diablos**, que en griego significa "el adversario" y que no es otra cosa que la traducción del término hebreo **satán**, que quiere decir "el obstructor". El dualismo cristiano no se deriva sólo del dualismo cósmico persa (la pugna entre el Ormuz radiante y el oscuro Ahrimán), sino del dualismo judío (esencialmente esenio) y del dualismo cósmico griego (la oposición órfica entre la materia y el espíritu). El diablo que irrumpe en el Nuevo Testamento es el príncipe de este mundo, de esta "civitas diaboli", como diría

San Agustín, en oposición al Mesías, cuyo reino no es de este mundo. Satanás es, relativamente, el dueño y señor de la materia. Su negocio fundamental lo constituye la carne humana. Tiene las manos metidas en las vísceras de los hombres. Se mueve a sus anchas en todo lo que tiene que ver con el sexo, la sensualidad y los instintos. Su "agua bendita" la constituye el sudor que perla la frente y humedece las manos a las altas horas de la excitación. Su manjar máspreciado son las maldades de los hombres, mucho más dados a frecuentar los siete pecados capitales' que a volver los ojos a las tres virtudes teologales.

Capítulo IX

En que el autor y Ialdabaoth continúan su animado diálogo.

Autor: Cuando Satán sustituye a Jehová como el ente que pone a prueba al hombre, es natural contraponer al diablo y al Mesías libertador. Cristo nace, entre otras cosas, para combatir a Samael.

Ialdabaoth: Si los individuos, en ciertas condiciones, se ven precisados a proyectar sus complejos de culpabilidad a la región celeste y ubicar en ella tanto sus miedos y terrores como el ser horripilante que los representa, también se mira obligado a exteriorizar su anhelo filial de protección...

Autor: ¿Me estás diciendo que la creencia en Dios y el Demonio se basa en la objetivación inconsciente de la idea del padre desdoblada en su doble aspecto de protección y benevolencia, por un lado, y de rigor y castigo, por la otra?

Ialdabaoth: Si, la enajenación religiosa se funda en la proyección de la idea del padre -o, mejor, de los padres-desdoblada en su faceta acogedora y en su faceta de amedrentamiento y punición.

Autor: ¿De los padres?

Ialdabaoth: Sí, porque lo que se proyecta en realidad a las esferas de la hierofanía mística y de lo numinoso es, más bien, la autoridad parental, masculino-femenina, que impera en la familia. Hasta es posible decir que, en muchos casos, la creencia en Dios, como principio del amor y la bondad, hinca sus raíces más en la proyección metafísica de la imagen materna que de la paterna. Y también que, en ocasiones, el origen de la fe en Luzbel se halla más en la externación inconsciente de la figura de la madre punitiva y castradora que en el padre...

Autor: Los esenios y judeocristianos, primero, y San Pablo después traen una nueva concepción del Demonio...

Ialdabaoth: Un Demonio hecho a la medida del Evangelio.

Autor: Para acceder a esta nueva idea del Maligno, probablemente influyeron en los primeros cristianos y en los Padres de la Iglesia dos cosas: la religión de **Ahora Mazda** y los **aggadah**.

Ialdabaoth: ¿Cómo influyó el mazdeísmo iraní en la nueva concepción del Diablo?

Autor: La religión de Zoroastro no sólo marcó su impronta en el judaísmo y en el cristianismo primitivo con su dualismo del Bien y del Mal, sino también con su creencia en una verdadera constelación de genios maléficos y bienhechores, de **Devas** o demonios y **Ameshas**

spentas o ángeles. La idea cristiana de que el Demonio no es un Dios del Mal, sino un arcángel que pecó y ha sido castigado, tiene su origen probablemente en estas mesnadas de genios sobrenaturales que pueblan, según los persas, el mundo de lo sagrado.

Ialdabaoth: Por otra parte, ¿qué son los **aggadah** y qué tienen que ver con la idea cristiana del Demonio?

Autor: Los **aggadah** son historias morales o leyendas judías. En algunas de ellas el Demonio, más designado con el nombre de Samael, es un arcángel de la más alta jerarquía que cae por orgullo, por soberbia o por envidia, que se vale de la serpiente edénica para tentar a nuestros primeros padres y que actúa como tentador y ángel de la muerte.

Capítulo X

Donde Ireneo, el santo, y "Padrillo el escéptico", su sobrino, se enfrascan en una entusiasta "aclaración de ideas" que puede ser considerada como la casual continuación de los temas tratados en el coloquio que aparece en el anterior capítulo.

Hacia finales del siglo I, aparece un teólogo con una preocupación penetrante y arrebatada por los problemas del pecado original, cometido por Adán y Eva, y la expiación, llevada a cabo por Jesús. Hacemos referencia a Ireneo, que nació en el Asia Menor hacia 140, que fue obispo de Lyon, y a quien no pocos consideran como el fundador o la primera piedra de la iglesia de la Galia. Se dice que murió por el año de 202. Es, junto con Justino mártir y Tertuliano, uno de los representantes de mayor peso e influencia más notoria de la patrística cristiana primitiva. La intención fundamental con la que elaboró sus escritos fue defender la verdad del Evangelio y la unidad de la Iglesia en contra de las huestes del Demonio. Su opúsculo **Contra los herejes**, que ha llegado a nosotros, es una obra dedicada a anatematizar a los gnósticos en general y a Valentín en particular. Es necesario reconocer que este padre de la Iglesia

desarrolló el primer intento de teología acuciosa del pecado original.

Ireneo tenía un hermano menor, nacido en 145 en Éfeso, que no comulgaba con las ideas cristianas de su ilustre pariente y que educó a su hijo Pedro dentro de la enseñanza de la filosofía griega en general y de los conceptos y artilugios predominantes en la Nueva Academia. Aunque Pedro, o Pedrillo el escéptico, como lo llamaba su tío, no era ni con mucho un profundo conocedor de Platón y Aristóteles, y ni siquiera estaba al tanto de manera sólida y concienzuda de las disquisiciones de Pirrón, Arcesilao y Carneades, tenía una mente ágil, y lo que le faltaba de información y estudio, le sobraba en imaginación y astucia. De ahí que el siguiente diálogo sostenido por Ireneo y Pedrillo el escéptico -cuando este último visitó a su tío en la ciudad de Lyon- resulte de innegable interés:

Pedrillo: Mi venerado tío, ¿qué son pues los demonios?

Ireneo: Son, hijo mío, los lacayos o siervos de Satán.

Pedrillo: ¿Por qué gustan de introducirse en algunos individuos?

Ireneo: ¿En los endemoniados?

Pedrillo: Si...y los hacen aparecer como enfermos, excéntricos y desquiciados...

Ireneo: Dos son las razones visibles por las cuales tiene lugar esta intrusión inesperada: en primer término, el castigo por haber pecado...

Pedrillo: ¿Una especie de avance, en el aquende, de la acción punitiva del allende infernal?

Ireneo: Si, podría afirmarse tal cosa... Y, en segundo lugar, la decisión de aposentarse en un alma que tiende al bien y al perfeccionamiento, con el objeto de desviar ese impulso.

Pedrillo: ¿Entonces también las almas virtuosas, aquellas que optan por el bien, están asimismo expuestas a "contraer" un demonio?

Ireneo: Efectivamente. Los individuos no sólo deben ejercer su libre arbitrio eligiendo el bien, sino que deben fortalecerse, por medio de la oración y la disciplina, para convertir a su psique en un recinto inexpugnable para Luzbel y cualquiera de sus lugartenientes.

Pedrillo: ¿Las más de las veces, sin embargo, Satanás no necesita incrustarse en el alma de los individuos, sino que le basta con tentarlos "desde afuera", como lo hizo la serpiente con Adán y Eva?

Ireneo: Así es. Satanás no forzó a Adán y su compañera a hincar los dintes en la manzana del pecado original metiéndose en sus conciencias o en

su cacumen, sino que ellos eligieron libremente hacer tal cosa. Dios les otorgó un alma y en ella el don sublime del libre albedrío; pero los hizo, a decir verdad, tan endebles y desprotegidos que no supieron cómo rechazar los embelecamientos de Lucifer.

Pedrillo: Me sospecho, mi querido tío, que tú atribuyes algún grado de responsabilidad al propio Dios en la realización del pecado original, ¿o no?

Ireneo: Sí, porque estoy convencido de que el Señor habría podido hacer más fuertes a nuestros primeros padres. Pero esto es parte, quizás, del inefable plan de la creación del mundo y de los hombres por parte de la divina providencia.

Pedrillo: ¿Del inefable plan de qué?

Ireneo: Déjame explicártelo. Como es inconcebible un mundo semoviente...

Pedrillo: ¿porque la **aseidad**, o sea la cualidad de existir por si mismo, es sólo un atributo de Dios?

Ireneo: Si, por eso. Como es inconcebible un mundo semoviente, como decía, es necesario que exista una primera causa, un **Logos** inicial.

Pedrillo: ¿Que ha de ser eterno?

Ireneo: Dios, en efecto, es ubicuo en el espacio y eterno en el tiempo. Ninguna de sus criaturas puede parangonarse con él en el grado de perfección. Dios es eterno, los ángeles eviternos y los hombres temporales.

Pedrillo: Explícame, querido tío, qué quieres decir con ello.

Ireneo: Cada uno de estos seres tiene una diversa relación con el tiempo: Dios lo trasciende, está fuera de él. Los ángeles nacen pero no mueren (a eso alude el vocablo eviterno). Los hombres, en cambio, nacemos e inexorablemente morimos.

Pedrillo: Pero ustedes, los creyentes, ¿no hablan de una supervivencia del individuo tras de su deceso?

Ireneo: Sí. Cuando digo que el hombre nace y muere me refiero al ser humano como combinado de cuerpo y alma. El cuerpo es el tiempo del ser humano.

Pedrillo: ¿Su alma es eviterna o temporal?

Ireneo: Su alma, como los ángeles, es eviterna: nace (con el cuerpo) abandona su prisión cuando sobreviene la muerte y prosigue viviendo (readquiriendo incluso su propio cuerpo tras el día del juicio final) por los siglos de los siglos.

Pedrillo: Cuéntame, amado tío, cuáles fueron las causas que llevaron a Lucifer a la apostasía?

Ireneo: Lucifer se transmudó en Belial porque envidió a Dios, su creador. Porque quiso ser adorado como si fuera la divinidad. Y además porque...

Pedrillo: ¿Hubo entonces otra causa a más de la soberbia?

Ireneo: Sí, la hubo. Lucifer apostato porque más que nada envidió a los seres humanos creados en el Edén por Jehová.

Pedrillo: ¿Eso quiere decir que los ángeles fueron gestados, antes de los hombres, pero que la caída de los ángeles rebeldes es posterior a la creación de los humanos, ya que, para ti, Luzbel no sólo envidiaba a Dios sino también a nuestros primeros padres?

Ireneo: Lo ves correctamente: Lucifer, presa de una doble envidia, preexiste a Adán y Eva, pero peca después de creada la primera pareja y se transforma, en y por la caída, en Príncipe de las Tinieblas. Sobrevino entonces...

Pedrillo: ¿Un verdadero diluvio de ángeles?

Ireneo (sonriente): Si, la expulsión de una turba de ángeles malignos del mismísimo cielo.

Pedrillo: Venerado tío: dime qué relación existe, para ti, para ustedes, para la Iglesia entre el pecado original y el advenimiento de Jesucristo.

Ireneo: No te voy a narrar aquí el aspecto anecdótico de la creación del mundo y de nuestros primeros padres...

Pedrillo: O sea del establecimiento del escenario natural y de los **dramatis personae**...

Ireneo: porque la conoces a la perfección y no tiene caso volver sobre ello. Pero sí me gustaría

subrayar que, una vez que Eva, a instancias del demonio serpiente, tentó a Adán, y nuestro padre, sometido a dicha presión, descubrió en la pulpa de la manzana el sabor del pecado, tuvo lugar la caída del hombre...

Pedrillo: lo cual quiere decir que el Demonio salió triunfante sobre Dios en ese momento ¿o no?

Ireneo: Si salió victorioso por lo pronto. Triunfó la serpiente...

Pedrillo: ¿Triunfó aunque se le haya castigado convirtiéndola en un ser reptante, dedicado de por vida a morder el polvo?

Ireneo: Se le castigó, en efecto. Pero su buen éxito fue incuestionable: la caída del hombre, producto del pecado original, trajo consigo tres consecuencias...

Pedrillo: que son...

Ireneo: la aparición de un organismo -el humano- que ahora se identifica con el tiempo, la expulsión del paraíso y un pecado que, de ser individual, es heredado por nuestros primeros padres a toda la especie humana.

Pedrillo: ¿El cuerpo es el tiempo del hombre?

Ireneo: Si. Al hombre, como a los' ángeles, se le había otorgado el don de la inmortalidad. Y también el del libre albedrío. Como Adán y Eva eligieron el mal, optaron, sin saberlo, por la muerte. Conocieron los árboles del bien y del mal, y de la ciencia, pero ello

los condujo fatalmente a matar la inmortalidad.

Pedrillo: ¿Y qué significado tiene la expulsión del paraíso?

Ireneo: Es la expulsión de una vida regalada, sin esfuerzos, fatigas o dolores a una existencia donde aparecerá el trabajo como maldición, el alumbramiento como herida, el trajín de la existencia como pugna, la vida como infortunio.

Pedrillo: ¿Adán y Eva son arrojados desde su inmortalidad y su universo paradisiaco hasta la temporalidad y la muerte y hasta un mundo en donde la expresión **valle da lágrimas** resulta un eufemismo?

Ireneo: No me cabe la menor duda. Pero todavía hay algo más.

Pedrillo: ¿Si?

Ireneo: El pecado original cometido por Adán y Eva no sólo mancilló a nuestros padres, sino que salpicó, por así decirlo, a toda la estirpe humana, la cual, por eso, es merecedora del castigo.

Pedrillo: ¿Cómo es posible que pensemos eso? ¿No es un dislate? ¿No parecería ser una descomunal injusticia?

Ireneo: Es qué Dios, valiéndose de su **natura naturans**, no creó en Adán y Eva sólo a dos individuos, sino el arranque de la especie humana.

Pedrillo: Me sospecho que tal idea no me queda clara.

Ireneo: Dios creó en nuestros primeros padres el tramo inicial del género humano. Adán y Eva no son sólo dos individuos, sino las simientes de toda la humanidad. Son como dos corpúsculos o dos **homeomerías** de un tejido, lo cual arroja esta consecuencia: sus acciones buenas o malas, esto es, el resultado del ejercicio responsable de su libre arbitrio repercute en toda su 'progenie.

Pedrillo: ¿Como si el semen masculino, que fecunda todas las ramas femeninas del árbol genealógico, fuera una savia que transcurriera a lo largo de las generaciones arrastrando tras de sí la primera culpa?

Ireneo: Tu metáfora me asombra y a lo mejor hasta me inquieta, pero en el fondo es exacta. El pecado original se diferencia de los otros pecados en que es un pecado no sólo individuado sino que es un pecado de especie

Pedrillo: Un pecado ¿qué?

Ireneo: UN pecado que alcanza a toda la especie porque Adán y Eva no fueron creados como individuos, sino como parte -la primera de todas- de la especie humana.

Pedrillo: ¿El pecado de especie es, pues, heredable?

Ireneo: Lo que pasa es que Adán y Eva no sólo fueron hombres empírica y existencialmente, sino encarnaron, en parte, la esencia de la especie humana.

Pedrillo (alzando los hombros): Todo esto, mi estimado tío, me parece un galimatías, un laberinto en que se pierde y se marea mi inteligencia.

Uno de los dogmas de la Iglesia Católica es el de que todos los descendientes de la primera pareja nacen con la mácula del pecado original. Si los individuos no se someten a un ritual de purificación -el bautismo- al morir no pueden acceder al cielo y a la visión de la divinidad. La idea del **pecado original** (o del pecado de especie) trae consigo un extraño distorsionamiento de la ley moral fincada en el libre albedrío y en la responsabilidad individual de la acción. Caín, Abel, Seth, por ejemplo, son los primeros en traer en su código genético, si se nos permite decirlo así la **maldad involuntaria** del pecado original. Una caricatura de esta idea de la macillación heredable y asumida al margen de la responsabilidad personal, la hallamos en la tesis de la **limpieza y mala sangre** sostenida por la Inquisición española a partir del siglo XV. El **Santo Oficio**, en efecto, no sólo entregaba al brazo secular a los herejes, marranos, relapsos, etcétera, sino que les confiscaba sus bienes, perjudicaba a sus familias y

perseguía a sus descendientes por varias generaciones, en el supuesto de que las tendencias heresiarcas pasaban, en y por la **sangre heterodoxa**, de padres a hijos.

Ireneo: Después de considerar todo lo anterior, mi querido sobrino, es indispensable concluir en lo siguiente: Dios, en su clemencia, no podía abandonarnos para siempre al poder de Satán.

Pedrillo: Y entonces, dispuso...

Ireneo: que su Hijo viniera a redimirnos.

Padrillo: Veamos qué opinas acerca de eso.

Ireneo: Hay quien interpreta la función salvadora de la muerte del Señor de la siguiente manera: si la naturaleza humana fue desvirtuada por el pecado original -en el sentido en que te lo expliqué-, la decisión de Dios de hacerse hombre dignificó de golpe, a partir de este hecho, la esencia humana de la especie.

Pedrillo: Pero yo he oído más bien la teoría de que la Pasión de Cristo, respecto a la redención, implicaba una suerte de sacrificio...

Ireneo: Dices bien. También hay quien interpreta la función histórica del Salvador, haciendo notar que la crucifixión de Cristo fue un sacrificio ofrecido por Dios hecho hombre a la Divinidad para zanjar las diferencias que, a partir del pecado original, se habían abierto entre las

criaturas humanas y su creador. Según esta teoría, Cristo se echó a cuestras los pecados de la humanidad y, ofreciéndose libremente en sacrificio, nos purificó a todos.

Padrillo: Pero ¿cuál es tu punto de vista al respecto?

Ireneo: Sin negar las dos interpretaciones precedentes, yo me inclino por la teoría que podríamos llamar "del rescate"...

Padrillo: Que consiste en...

Ireneo: En la suposición de que, como la especie humana fue encarcelada por Satanás -quien la aherrojó tras las rejas del pecado original-, Dios mismo, encarnado en hombre, se ofreció **como rescate** por nuestra salvación.

Padrillo: No te entiendo con claridad...

Ireneo: Te lo diré así: estoy convencido de que Dios entregó a su Hijo para liberar a los hombres, rehenes del Demonio. El diablo aceptó la prenda. Pero al conducir a Jesús a la muerte -a través de la traición de Judas- trascendió las fronteras de la justicia, porque Jesús era sin pecado. El Diablo nos había tenido, en efecto, prisioneros; pero cuando él mismo aplastó las leyes de la justicia, perdió sus prerrogativas y no pudo apoderarse de Cristo ni retenernos a nosotros.

Padrillo el escéptico, quien, como puede

sospecharse, ponía todas sus frases entre signos de interrogación, siguió preguntando a su tío, el venerable padre de la Iglesia, acreces de la forma, el carácter y el significado de las tentaciones que el Demonio hizo sufrir a Jesucristo; pero, por no sabemos qué averías en las instalaciones de la imaginación, por desgracia ya no fue posible continuar escuchando un coloquio tan sabroso como instructivo...

Capítulo XI

Donde se reflexiona sobre las tentaciones que el mismísimo Demonio hizo padecer a Jesucristo.

Mientras los contrincantes del Demonio fueron los hombres, incluso los más nobles y santos, la lucha del Mal contra la virtud asumió la forma de la escaramuza, el forcejeo, la hostilidad. Pero cuando se trata del Mesías y de la posibilidad de su victoria definitiva, es indispensable que el Diablo en persona se disponga, a la manera de un duelo medieval, a entrar en singular combate contra el caballero de la Salvación. Todas las características de este gran enfrentamiento responden, sin duda, a la tradición mosaica. El teatro de la acción, pongamos por caso, no es otro que el desierto. Dos son, probablemente, las razones de ocurra así: primero, porque ancestralmente él era entre los judíos la residencia de los espíritus malignos y, segundo, porque el pueblo israelita habla sido tentado precisamente en el desierto.

La primera tentación que sufrieron los judíos en el desierto fue el hambre. La desesperación se les hizo nudo en la garganta vacía. El sonido discordante de los intestinos opacó la "música de las esferas" de

la presencia divina: sucumbieron entonces a la tentación, y murmuraron contra Moisés y Arón, y más tarde, cuando se habían hastiado ya del **maná**, reclamaron comida de carne.

La tentación inicial que sufrió, por su lado, el Mesías fue también el hambre (para lo cual era necesario que , como Moisés y Elías -que ayunaron durante cuarenta días y sus noches- Jesús hubiese ayunado). Como Cristo había dejado de tomar comida durante el mismo tiempo, y el hambre se había apoderado de él, el Demonio le insinúa que haga uso de su palabra omnipotente para metamorfosear en pan las piedras que se hallan en su entorno... Jesús respondió, como se sabe: *"Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"*. Frase que no es sino la refundición de esta otra de Moisés, dirigida al pueblo judío: *"El Señor te ha humillado y te ha hecho tener hambre, pero te ha saciado con el maná que no conocías ni tus padres tampoco, para hacerte conocer que el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios"*.

Una vez que hubo fracasado en su primera tentación, el Demonio redobló sus esfuerzos. Como dice Mateo: **"Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le**

puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: *'Sí eres hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: 'a sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra'.*". Jesús le dijo: "Escrito está también: 'No tentarás al Señor tu Dios'" (4, 57). Es importante dejar sentado que en el Deuteronomio también aparece esta fórmula: Vosotros, los hebreos (cuando lleguéis a Canaán) **"No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah"** (6,16) o sea cuando los israelitas murmuraron en el desierto contra sus líderes porque les faltó agua, lo que equivalía de hecho a tentar a Jehová, pues implicaba poner en entredicho la asistencia que El había prometido.

Como Jesús no aceptó convertir las piedras en panes para saciar su hambre y mostrar su palabra omnipotente y como rechazó la invitación a arrojarse desde el pináculo del templo para que un puñado de ángeles impidiera su caída y pusiera en evidencia su poderío sobrenatural, el Diablo decidió hacerle padecer a Jesucristo su tentación máxima. Oigamos a Lucas: **"Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y dijo el diablo: 'A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos'.**

Respondiendo Jesús le dijo: *"Vete de mi, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás".* (4, 5-8) ¿Por qué Belcebú, que es el príncipe de los demonios, se sabe o se siente dueño y señor de la potestad (de los reinos de la tierra)? Y ¿por qué, en la tentación, ofrece trasladársela a Jesucristo a cambio de que éste lo adore? Los judíos consideraban el gobierno del mundo en manos de pueblos idolátricos. Satán, el ídolo de los ídolos, era para ellos, en realidad, el monarca del universo mundo. Belcebú se sabe y se siente dueño y señor de los hombres, con excepción del pueblo elegido, porque ellos, en vez de adorar al Señor, hincaban las rodillas y bajaban la cerviz ante ídolos y fetiches que no eran sino falaces marionetas del Diablo. Incluso el pueblo de Dios, descarriado en ocasiones, había caído en el culto a los ídolos y, por tanto, había adorado al Maligno. Por eso, el Mesías debía ser expuesto a similar tentación: Belcebú trataba, pues, de seducir a Jesucristo mediante el siguiente trueque descomunal: el gobierno del mundo pasaría del Diablo a Jesús y la adoración de Jesús se trasladaría de Dios al Diablo. Jesús rechaza tajantemente a Lucifer, echando mano de una parte de la alocución que dirigiera Moisés a su pueblo al abandonar el desierto. En el Deuteronomio leemos, en efecto: **"A Jehová tu Dios temerás, y a él sólo**

servirás, y por su nombre jurarás. No anclareis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos; porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya sobre la tierra" (6, 13-15).

Las tentaciones, como puede advertirse, tienen diferente carácter. Las dos primeras solicitan la puesta en marcha de hechos prodigiosos. La demanda de que Jesús, el Cristo, violente las leyes naturales y realice milagros, no tiene nada de sorprendente: durante los tres años de su ministerio recibió Jesús peticiones similares (no sólo porque eran acciones benéficas sino porque conllevaban los signos y señales de que su autor era el Mesías) por parte de personas cercanas y no tanto del Maestro. Lo inaceptable, lo que implicaba una verdadera tentación es que Jesús llevara a cabo tales prodigios para autobeneficiarse -saciar el hambre, evitar la caída- y, más que nada, como resultado de la presión seductora de Satanás. Jesús no podía consentir en realizar milagros bajo el signo de Lucifer o con las manos hipotecadas por la invitación satánica. La tercera tentación no se parece a las otras. En ella, el Demonio no le insinúa a Jesús que realice un portento, sino que metamorfosee el

signo de su adoración. Que deje de rendirle pleitesía a Dios, y comience a reverenciar al Príncipe de las Tinieblas. Y que lleve a cabo tal transmudación con el objeto de adueñarse de lo que hoy por hoy pertenece a Samael: el mundo de los hombres. Al parecer, lo que desea suscitar el Demonio en Cristo es la infracción que a él, en la rebelión de los ángeles contra Dios, lo condujo inexorablemente a la calda: el pecado del orgullo. O de la soberbia. O del ansia de poder. O del irrefrenable apetito de adoración. Jesucristo, sin embargo, no podía aceptar ni el fin (adueñarse del mundo) ni los medios (adorar al Demonio) simplemente porque, como Hijo de Dios y parte de Dios que era, el mundo y las criaturas le pertenecían en el fondo (porque eran su obra) y porque lo absoluto no puede adorar a lo relativo. Belcebú, al parecer, se maneja de la manera más torpe. Por un lado, se da cuenta - ¿sabe, intuye, recibe la información?- de que Jesús no es un hombre cualquiera, sino el Mesías, la tercera persona de la Santísima Trinidad -tan es así que se empeña en la realización del **duelo metafísico** de las tentaciones-, pero, por otro lado, actúa como si no lo supiera: como si pudiera **engañar** a Dios, como si le fuera dable -con las más burdas artimañas- hacerle tragar el anzuelo de sus malas intenciones. A decir verdad, este Demonio tentador

no sólo no sabe nada de teología, ni comprende nada de los misterios cristianos -ante todo el de la Santísima Trinidad-, sino que es un palurdo o un ente que necesita tomar clases de catecismo. Alguien que, inteligente en su día, se revuelca ahora en los lodazales de una mayúscula necedad. Mas todo lo anterior se revierte a la persona misma de Jesucristo, al mérito de su pugna contra el Diablo y al carácter metafísico de estas supuestas tentaciones. El singular combate entre el Príncipe del Bien y el Príncipe del Mal no era sino la desequilibradora refriega entre la omnisapiencia y la estulticia, el injusto duelo entre el Creador y una de sus criaturas, el abusivo enfrentamiento entre quien se sabe a sí mismo y a su contrario y quien se ignora a sí propio y a su oponente. Jesús salió vencedor en el duelo de las tentaciones. El Demonio tuvo que morder el polvo. Huir con la humillación entre las piernas. Lo excelso se alzó de hombros ante los sonidos con los que lo defectuoso se lama las heridas de su derrota... Pero cabe entonces la pregunta ¿es merecedora de admiración una perfección que ahoga entre sus brazos a o mide sus fuerzas con lo imperfecto?